

LAS MISIONES CATÓLICAS



Precios de subscripción

SPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

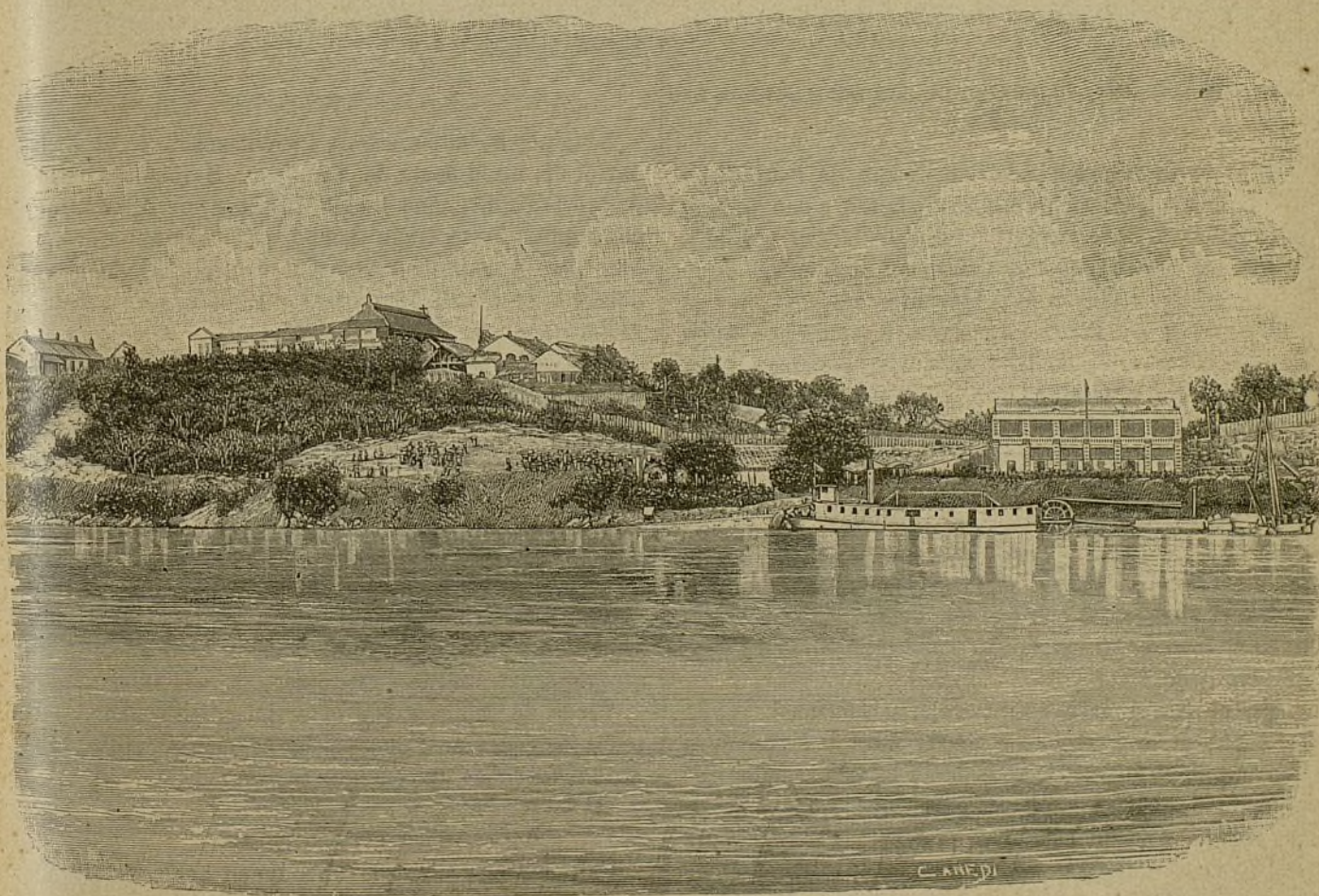
Se publica el 15 de cada mes

Año X.—Lunes, 15 Septiembre 1902.—N.º 189

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



TONKIN.—Yen Bai: LA AMBULANCIA MILITAR Y EL ESTABLECIMIENTO DE LAS *Messageries fluviales*

Reproducción de fotografía remitida por P. Girod, de las Misiones Extranjeras de Paris. (Pág. 203)

SUMARIO

Texto.—Correspondencia: Jerusalén; Asia Menor; Nanning-fu (China) (conclusión).—Los Religiosos Agustinos españoles en China.—Diez años en el Alto Tonkín (continuación).—El coco de los mares.—Por el mundo.—Variedades: Frida, ó el libro ateo.—Subscripción en favor de la *Obra de la Propagación de la Fe*.—¡Sigámosle! cap. VII (continuación), por Enrique Sienkiewicz.

Grabados.—Tonkín: *Yen Bai*: La ambulancia militar y el establecimiento de las *Messageries fluviales*.—Iglesia de San Miguel en Yen Bai.—La ambulancia de Yen Bai.—Juncos chinos que transportan mercancías del Tonkín al Yun-Nan.—Balcón colgante de un banano, en el cuartel de Hien Loung, á corta distancia de Duc Quan.—Glorias de las armas cristianas: Batalla del Salado.—Expedición al Polo Norte: La oración de la noche.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

CORRESPONDENCIA

JERUSALÉN

REGRESO DE SOR SIÓN Á JERUSALÉN.—SUS OBRAS.—
VALIOSA OFRENDA

La carta que acabamos de recibir de la Ciudad Santa se recomienda por sí misma. Conocido es de nuestros lectores el lugar que ocupan en todo el Oriente las Hijas de San Vicente de Paúl, distinguiéndose entre ellas, en Jerusalén, la digna Superiora del Hospital francés.

CARTA DE SOR SIÓN, SUPERIORA DE LAS HERMANAS DE LA
CARIDAD

Mi regreso al hospicio de San Vicente de Paúl fué un día de fiesta, pues tanto mis compañeras como todo el personal de la casa regocijaronse al hallarnos reunidos al cabo de cuatro meses de ausencia. Los niños de la lactancia me acogieron con inocentes sonrisas, que se reflejaban en sus graciosos rostros, al pie de la estatua de San Vicente, el más bello adorno de nuestro jardín. A su sombra aguardábanme los niños y las niñas, á quienes volvía á ver con tanto gozo, y también las jovencitas del taller externo, que tomaban parte en la satisfacción común. Por su parte los ancianos, los ciegos y los enfermos felicitáronme afectuosos por mi llegada. Los sentimientos que esta conmovedora escena me inspiraban hacía que me sintiese cual nunca su madre, y la abnegación con que me dedico á su servicio hubiera tomado creces si algo pudiese añadirse á lo que ya está lleno.

Mis modestas industrias y talleres funcionan regularmente, si bien nos hacen mucha falta los utensilios necesarios, estando todo reducido á la más sencilla expresión. Trabájase siquiera, pero con menos éxito y con mayor suma de esfuerzos pacientes y perseverantes. Nuestros tiernos aprendices están animados de buena voluntad, y complácenos verlos trabajar, anhelosos de prestar á la casa el concurso de sus fuerzas y sus modestos talentos para que esté contenta *mamá Sión*, portándose como verdaderos hijos de familia que miran como propios sus intereses. A menudo se les oye

decir: «¡Cuánto nos gustaría poder ganar muchos *nápoles* para terminar la casa y demostrar á la Madre nuestro deseo de que se instalen definitivamente todos los oficios!»

No sospechan estos amados niños, cuya conducta es excelente, que con su trabajo y sus oraciones atraen las bendiciones del cielo.

Voy, pues, á referiros un rasgo de especial protección que interesará á vuestros lectores: es inédito y auténtico. Estábamos en Marzo, el mes de San José, padre y procurador de la Sagrada Familia, y debíamos cerca de un semestre de harina á nuestro proveedor. Todas las semanas me amenazaba éste con rehusarnos el suministro si no atendía sus legítimas reclamaciones. Sólo Dios sabe las angustias que experimentaba entonces viéndome en la imposibilidad de entregarle la más pequeña cantidad á cuenta de los cinco mil francos que le debíamos.

No viendo en lo humano medio alguno de salir del trance, dirigíme á San José, procurando infundir á mis compañeras y á nuestros niños la esperanza que yo alimentaba, diciéndoles que todo lo puede la oración confiada y humilde.

Durante algunos días, pues, en la capilla, y pudiera decir en toda la casa, resonaba el *Ave María*, que repetíase con angélico fervor. Como los Apóstoles en el Cenáculo, perseverábamos en la oración con fe tan firme y resuelta que ninguna duda vino á menguar nuestra confianza.

Sonó por fin la hora de la Providencia: era al declinar el día de la fiesta de San José. Hallándose reunidos en la capilla, uno de los ancianos, peregrino francés á quien hacía algún tiempo que, movidas á compasión por su aspecto miserable y enfermizo, habíamos admitido en el asilo, levantóse y dijo á una de nuestras Hermanas:

—Decid á la Madre que venga á ver si en la capilla y delante de San José hay algo, pues tantas invocaciones y perseverancia pudieran haber producido su fruto.

Avisóme al instante mi compañera, y accedí á sus deseos, más por condescendencia y respeto al buen peregrino, que por confianza que tuviese en lo que suponía. Acerquéme á la imagen de San José, y á sus pies ví un paquetito: tomarlo y abrirlo fué cosa de un momento, y conté, delante de todos, uno, dos, tres, cuatro billetes de Banco de mil francos cada uno. No me atrevía á dar crédito á mis ojos.

Voces de júbilo y de acción de gracias salieron de todos los corazones, que espontáneamente entonaron el *Magnificat* más unísono que nunca.

Faltaba, sin embargo, saber quién había depositado tan misteriosamente aquel tesoro, que no había caído del cielo, como el maná en el desierto. El caso era tanto más singular cuanto extranjero alguno había entrado en la capilla. Ibamos á interrogarnos unos á otros, cuando el pobre peregrino francés pidió hablarme, y he

aquí lo que me refirió con admirable modestia. Le dejo la palabra, pues quiero reproducir el hecho en toda su integridad.

—Cierta tarde me encaminé á Belén, y andando pensaba en la suma que traía conmigo y que hacía mucho tiempo tenía destinada á uno de los Santuarios de la Ciudad Santa. Iba á pie para cumplir mi proyecto y entregar intacto el fruto de mis economías, cuando súbitamente me sentí, no derribado al suelo como San Pablo por el camino de Damasco, sino subyugado por una fuerza invisible que me detiene instantáneamente sin que pueda resistirla ni dar un paso hacia Belén. Al mismo tiempo oí una voz interior que me decía: «Te propones dar tus ahorros á un santuario, y mis miembros enfermos carecen de pan.»

Al pronto no me dí cuenta de lo que ocurría ni de la significación de las palabras que me impresionaban: ninguna ganas tenía de volver atrás. Tuve que hacerlo, sin embargo, y al entrar en Jerusalén y ver el Hospicio de San Vicente de Paúl, recordé las súplicas que oí tantas veces de boca de los niños: «¡Dad pan, oh Señor, á mamá Sión!»

Comprendí al instante que aquí era donde debía entregar mis economías, ganadas con el sudor de mi frente. Volví presuroso, y entrando en la capilla, á la sazón desierta, deposité la ofrenda que habéis encontrado. Vinieron poco después para rezar el Rosario; no me moví de este lugar á fin de ser testigo, oh buena Madre, de vuestra sorpresa, y como no vinisteis os mandé llamar, deseando terminar la fiesta de San José con un triunfo en honor suyo. Doy gracias á Dios por haberme inspirado lo que debía hacer. Aceptad mis cuatro mil francos para alimentar á vuestros niños; ¡y que esta limosna me obtenga misericordia en la hora de mi muerte!

Oída semejante declaración, que me conmovió profundamente, con lágrimas en los ojos agradecí su buena acción á nuestro bienhechor, cuyos sentimientos eran tan nobles y generosos. Respetando su voluntad de guardarse el secreto, nadie en la casa supo lo referido.

No es esto todo. El día siguiente volvió á partir para Belén, no queriendo renunciar á su peregrinación al pesebre. Pero ¡oh sorpresa! en el mismo sitio donde fué detenido la víspera, pareció oír las mismas palabras: «Te propones dar tus ahorros á un santuario, y mis miembros enfermos carecen de pan.»

—¡Ah! me dijo al regresar segunda vez, me sentí como clavado en aquel lugar: es que retenía un billete de mil francos que reservaba para un santuario, queriendo satisfacer mi primera intención. El hombre propone y Dios dispone. Una vez más fui vencido, y vuelvo al Hospicio, para vaciar toda mi bolsa á los pies de San José.

Debíamos cinco mil francos de harina, y gracias al cielo recibíamos exactamente esta misma cantidad.

He aquí lo sucedido, y lo que oí de boca de este extraño peregrino, que, sin ruido ni ostentación, ha hecho por amor de Jesucristo un acto heroico de caridad.

Sólo nos resta bendecir la memoria de este piadoso bienhechor que, á ejemplo de San Benito Labre, vivía de limosnas y privaciones, mendigando el pan durante sus viajes, lo que pude comprender por las alforjas que

me entregó al llegar, llenas de mendrugos con que se alimentaba. Todo lo que poseía lo dedicaba á obras de caridad, reservándose únicamente el consuelo de hacer bien á los desdichados.

Quiera el cielo que la lectura de estas líneas, escritas sencillamente como una conversación familiar con los apreciables subscriptores de *Las Misiones Católicas*, que son nuestros amigos, susciten otro peregrino que nos ayude á instalar una leprosería en regla, pues este proyecto nos preocupa incesantemente desde nuestra fundación en Tierra Santa. No puede diferirse ya más tiempo, pues nos vemos asediados por las continuas peticiones de los leprosos latinos, que desean salir de los asilos protestantes. Anhelan ardientemente que les recibamos en un hospicio donde se encuentren en familia y con libertad de cumplir sus deberes religiosos.

Termino permitiéndome recordar á vuestros lectores que en breve se pondrá la primera piedra de nuestra capilla, y que nos consideramos dichosas pudiendo inscribir en esta primera piedra, que es una piedra santa, los nombres de las personas que nos hayan auxiliado con sus ofrendas.

ASIA MENOR

LA ESCUELA CATÓLICA DE SAMSUN

Ciudad importante de la costa septentrional del Asia Menor, á 300 kilómetros al Oeste de Trebizonda, Samsun cuenta 30,000 habitantes, entre los cuales viven centenares de católicos. Esto movió á los Hermanos Maristas á fundar allí en 1895 una escuela, que da hoy consoladores frutos. Todo un barrio de esta gran ciudad fué hace algunos meses destruido por un incendio.

CARTA DEL H. RAFAEL, DE LOS HERMANITOS DE MARÍA

La escuela católica de Samsun, como todas las obras de Dios, experimentó en su principio no pocas contrariedades. Mas el Señor sabe bien lo que hace; nos envía pruebas hoy, para bendecirnos ampliamente mañana.

La iniciativa de la fundación de dicha escuela débese exclusivamente á nuestros respetables superiores de Saint-Genis Laval. Ni el Gobierno ni nadie nos ha dado subvención alguna. Obligados, poco menos que *ma-nu militari*, á abandonar nuestra primera habitación á los dos meses de residencia, después de haber tenido que desalojar otros tres locales en un mes, concluimos por albergarnos en un edificio que nadie quería ocupar y en donde se nos ha dejado relativamente tranquilos durante cinco años, no sin tener que lamentar rotura de vidrios. Hoy, merced á limosnas de almas buenas, estamos en nuestra casa, aunque modestamente albergados; mas si no gozamos del refinamiento oriental, no carecemos de lo necesario, y esto nos basta.

Al principio, en 1895, éramos 3 Hermanos para 17 alumnos: actualmente somos 9, y hemos recibido más de 100 inscripciones. Uno de nuestros Hermanos venido del Cabo y de Aden, donde permaneció tres años en el Sud de Africa, y 7 en el Yemen, enseña aquí el inglés para contener el entusiasmo de los samsuanes por el gran colegio protestante de Marsivan.

Cuéntanse en nuestra escuela alumnos de todas las creencias: 22 católicos, 65 ortodoxos ó gregorianos, 2

judíos, 2 protestantes y 4 musulmanes. Todos los alumnos cristianos responden á las oraciones hechas en clase, y mientras que las recitan en alta voz, los niños infieles guardan edificante compostura.

Debo confesaros que amo á los turcos, á pesar de todos sus vicios, porque sin ostentación tienen el valor de despreciar el respeto humano: oran en mitad de las calles de rodillas é inclinados profundamente. Si son infieles, distan mucho de ser paganos, pues detestan á los que no creen en Dios.

Mis Hermanos tuvieron la curiosidad de entrar en la mezquita mayor de Samsun, y les impresionó la gravedad con que oran los musulmanes: los había en gran número bajo la dirección de un *imán*, quien recitaba las preces que repetían todos los asistentes.

Encontré el Corán en la biblioteca de Samsun, y lo tomé en mis manos ignorando que las leyes de la Iglesia prohíben su lectura á los católicos: contiene (entre muchos disparates) máximas tan acertadas como las siguientes:

«La cosa que más place al hombre es precisamente la que le está prohibida.

«Desconfiad de la maldad del hombre á quien habéis hecho bien.

«La paciencia es más poderosa que el fuego.

«El perdón es cualidad característica de las grandes almas.

«Lo sublime de lo bello es amar al alma.

«Dios está con aquellos que sufren pacientemente.

«Muchos cosechan los que otros sembraron.

«La amistad es un corazón abierto, en el que se lee de cerca y de lejos.»

Consuélanos sobremano que, predicando más bien con una vida ejemplar que con largos discursos, tenemos la seguridad de que nuestras breves lecciones de Catecismo hacen mucho bien: en ninguna parte se nos ha escuchado con tanta atención como aquí.

Evitamos, con todo, hacer ostensibles trabajos de proselitismo, y tratar de los puntos de disidencia entre la Iglesia cismática y la nuestra. Si tocásemos estas cuestiones los ortodoxos nos apedrearían ó arrojarían al mar, pues están persuadidos de que vivimos en el error ¡desde que el *Filioque* fué introducido en el *Credo*!

Honrando nuestros alumnos con singular culto á la Santísima Virgen y sus imágenes, les hablamos de Ella todos los sábados y las vísperas de sus mayores festividades. Procuramos darles ejemplo de virtudes cristianas, de dulzura en el trato y de resignación en la adversidad.

¡Infelices niños! nunca les dan instrucción sus sacerdotes, muy ignorantes ellos también, y no reciben otra que la del ejemplo. Los niños griegos son imagen fiel de sus padres: viven exteriormente como cristianos ó indiferentes, según que éstos practiquen ó descuiden sus deberes religiosos.

Todos los días pedimos al Señor que ilumine con sus luces á este pobre pueblo extraviado y le vuelva á la verdadera fe, conforme ardientemente desea nuestro Santísimo Padre León XIII.

NANNING-FU (CHINA)

(Conclusión)

De Ou-tcheou á Nanning

El 21 de Enero nos despedimos de los Padres, á quienes debemos mil atenciones, y volvimos á embarcarnos escoltados por dos nuevas lanchas, una de ellas semejante á la que nos acompañó de Ou-tcheou á Sintcheou, y montada la otra por cinco satélites. La primera debe escoltarnos hasta Nanning, y la segunda solamente hasta Kui-Sin.

En este último punto desembarcamos el 23 á mediodía, y nos hospedamos en la residencia de los Padres, donde nos aguardaba el P. Poulart, hermano de nuestro compañero Ediberto. Este Padre vive ordinariamente solo, pero á la sazón hallábase accidentalmente con él otro misionero, y ambos se esmeraron en complacernos los dos días que permanecimos á su lado.

El P. Poulart está incesantemente ocupado, pues tiene que tratar toda clase de asuntos, y habérselas con los cristianos, los catecúmenos, los paganos y aun los mandarines. Es curioso ver como estos últimos, por lo regular tan orgullosos, saben humillarse hasta el servilismo cuando temen algún daño ó se atraviesa de por medio el interés.

Como según todos los informes, el río hasta Nanning está infestado de piratas, el Padre es de parecer que aguardemos en Kui Sin; pero á pesar de los actos de bandolerismo que nos cuentan, queda resuelta nuestra marcha para el 25 de Enero. A más de nuestra lancha militar, el subprefecto dispone nos siga otra montada por siete soldados armados con fusiles de repetición. Nos proveemos de pan, legumbres y otros comestibles para muchos días; y nos encargamos de siete maletas que nos confía un subprefecto, cuyo hijo debe venir en breve á estudiar en nuestra escuela de Nanning.

Después de ponernos bajo la protección especial de la Santísima Virgen, abandonamos Kui-Sin para emprender la última parte de nuestro viaje, la más larga y difícil, y quizá también la más peligrosa. Tendremos que atravesar el río por el punto más impetuoso de su corriente, que se precipita entre enormes rocas con la velocidad de quince kilómetros por hora. Llegamos á este lugar á las diez de la mañana del 27 de Enero. El agua al chocar contra las rocas produce un ruido sordo, y en las grandes avenidas cubre la mayor parte de éstas, poniendo en grave riesgo á la embarcación que se desvía del verdadero camino. La gran rápida, como la llaman, tiene cosa de un kilómetro de longitud, y presenta seis ó siete pasos sumamente difíciles. Para franquearlos hay que hacer uso del cabrestante. La tripulación adopta toda clase de precauciones, y quema muchos granos de incienso y arroja no pocos pedacitos de papel para conjurar á los genios malos. Por fin á las cuatro de la tarde llegamos arriba, y respiramos con libertad. Todos los tripulantes, con su jefe al frente y de uniforme, dirígense á una pagoda de buen aspecto, sin duda para ofrecer allí un sacrificio en acción de gracias, pues llevan dos pollos hervidos y dos cuartos de cerdo que comerán esta noche. Propónense también

dar alguna propina al bonzo, guardián de la pagoda. Por nuestra parte no olvidamos dar gracias al Señor y á su Santísima Madre por la protección de que hemos sido objeto hasta ahora.

Terminada la ceremonia de los chinos, proseguimos nuestra marcha entre montes pelados y negros, formados al parecer de materias volcánicas.

A las cuatro de la tarde del día 28 llegamos á la importante ciudad de Keng-tcheou, no lejos del golfo de Tonkín. Enviamos nuestras tarjetas al mandarín, quien ordena en el acto que cuatro satélites y dos soldados armados nos acompañen. Proseguimos nuestro viaje á las cinco, y nos detenemos á las seis y media para pernoctar á la entrada de un desfiladero, entre sombrías montañas.

El 29 y 30 franqueamos gran número de rápidas pequeñas. Al llegar á Nan-shien, los seis soldados de Keng-tcheou son reemplazados por una nueva escolta que proporciona un mandarín.

Al anoecer del 31 llegamos á Yung-Chounn, prefectura inmediata á Nanning. El subprefecto, al enviarnos su tarjeta en correspondencia á la nuestra, nos advierte que pululan los ladrones por el río, y que los soldados son pocos en número. Sin embargo, nos proporciona una lancha y seis satélites armados con fusiles viejos. A las seis y cuarto nos detenemos para pernoctar.

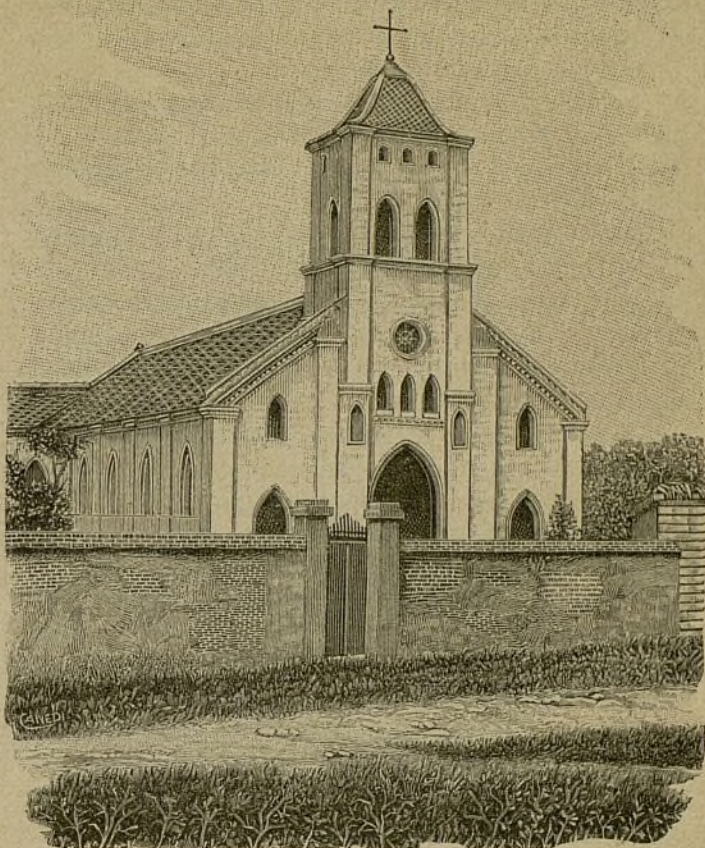
Por desdicha ó quizá por suerte, durante la noche levántase el viento del Norte, y el día siguiente es imposible proseguir la marcha. A las cinco de la tarde, calmado un poco el viento, podemos adelantar cosa de un kilómetro. El día 2 de Febrero, fiesta de la Purificación, el viento nos obliga, como la víspera, á permanecer inactivos. Mientras paseamos por nuestro estrecho salón para calentarnos, pensamos en nuestros compañeros que celebran la fiesta de nuestra celestial Madre, y en los novicios que, felices y tranquilos, visten por primera vez el hábito. Oramos con todo el fervor posible, y en esto consiste para nosotros la fiesta.

Como se agotan nuestras provisiones, suspiramos por el término de nuestro viaje. Mas la Providencia permite quizá este mal tiempo para alejar á los piratas.

Habiendo calmado el viento el 4 de Febrero, podemos por fin proseguir la marcha. El terreno ofrece pocos encantos, no viéndose á derecha é izquierda sino rocas y montañas estériles. Al anoecer avisannos que nos acercamos al cuartel general de los piratas, y siguiendo el parecer de los soldados decidimos pasar la noche en el cercano pueblo de Kientang, después de tocar el clarín y disparar doce cañonazos á fin de alejar á los ladrones.

El día 4 abandonamos este pueblo, escoltados por cinco ó seis lanchas que transportan soldados. Favorecidos por el viento, al mediodía hemos salvado todos los pasos difíciles sin haber sido inquietados. Al anoecer llegamos á un pueblo, en donde todos los soldados se separan de nosotros, llevándose la lancha militar de Sin-tcheu, si bien reemplaza á ésta otra de la misma clase procedente de Nanning.

Sorpréndenos la noche en medio de una rápida, de la que no es posible salir en medio de la obscuridad que nos rodea; así es preciso detenernos, y dormir si



TONKIN.—IGLESIA DE SAN MIGUEL EN YEN BAI. (Pág. 204)

es posible al estruendo del agua al estrellarse contra las rocas, que recuerda las noches pasadas á orillas del mar en tiempo de tempestad. Nuestros soldados acuden solícitos á velar á nuestro lado.

En la mañana del 5 salimos de la rápida, y levantándose el viento cerca de las ocho, adelantamos con rapidez. A las nueve divisamos la torre de la *felicidad* de la ciudad de Nanning. A cada paso vemos lanchas militares que vigilan el río, pues abundan aquí los ladrones, especialmente al acercarse el día 1.º del año (8 de Febrero), en el que todo chino que carece de dinero trata de procurárselo por todos los medios posibles.

Es ya entrada la noche cuando abordamos en Nanning. Doce cañonazos anuncian nuestra llegada.

Apenas desembarcados nos dirigimos á la residencia de los Padres misioneros. El P. Tomás, que se encuentra solo, nos acoge con cariño verdaderamente paternal, y quiere cuidar de nosotros hasta que nos hallemos instalados.

Réstanos sólo dar gracias á Dios y á su Inmaculada Madre por el feliz viaje que acabamos de hacer.

Laudetur Jesus Christus,

Et Maria, Mater ejus.

Gracias también á nuestros queridos Hermanos que nos han favorecido con sus oraciones.

Nanning-fu, 8 de Febrero de 1902.

Sin duda habréis ya recibido mi relación de viaje y la carta en que os anunciaba nuestra feliz llegada á Nanning. Hoy me complazco en daros á conocer nuestra posición.

Nanning es una ciudad importantísima, un depósito inmenso de mercancías. Comprendiendo el gobernador de la Indo-China su importancia para el comercio, trata de que se construya un ferrocarril que permita crear en ella una corriente de negocios.

Decidióse la fundación de nuestra escuela á consecuencia de la indemnización pagada por la muerte del P. Bertholet en 1898: de ahí su nombre de «Escuela Bertholet.»

Para completar la escuela y la habitación indispensables se han comprado dos casas chinas, en las que, como se comprende, deberán hacerse no pocas reparaciones y transformaciones. Entre tanto nos toca sufrir no leves incomodidades; pero sufrir á los principios es presagio de bendición.

Entre otras cosas débese tener en cuenta que si los Hermanos no quieren atraerse el menosprecio y perder toda consideración, no pueden dedicarse á ningún trabajo manual, cualquiera que sea, en presencia de sus alumnos, de sus padres ó de cualquier otro chino. Esto nos impone la necesidad de tener muchos criados, y digo muchos, porque son necesarios aquí cuatro chinos para el trabajo que haría un solo francés. Como tendremos niños pertenecientes á las clases elevadas de la sociedad, no podemos excusar dicha carga, que confiamos no será rémora para que llevemos adelante nuestra empresa, toda vez que el sueldo de los criados es aquí muy reducido y los víveres no son caros.

Pondremos manos á la obra lo más pronto posible, dando preferencia á lo sólido y útil, y esforzándonos por seguir perfectamente nuestra Regla, implantando el espíritu del Venerable Champagnat.

Dignaos, reverendísimo Padre Superior, bendecir la reducida Comunidad de Nanning, y recibir la expresión de sus afectuosos sentimientos.

LOS RELIGIOSOS AGUSTINOS ESPAÑOLES EN CHINA

Hemos tenido el gusto de recibir el siguiente interesante trabajo, que no dudamos complacerá á los lectores de *Las Misiones Católicas*, y que nos apresuramos á publicar, pues siempre tienen para todos interés especialísimo las noticias de los compatriotas que en lejanas tierras trabajan á mayor gloria de Dios. Acompaña el presente trabajo una carta del R. P. Benito Sánchez García, agustino, de la que extractamos los párrafos que van á continuación:

Señor Director de *Las Misiones Católicas*.

Manila, 17 de Julio de 1902.

Muy señor mío: En los viajes frecuentes que hago por estas regiones del Extremo Oriente he tenido ocasión de ver el derroche (permítame esta expresión) de espíritu y de hombres apostólicos que la Iglesia católica despliega, en medio del Paganismo, para la conversión de los infieles á nuestra santa fe. Entre las diversas Corporaciones, Congregaciones y Sociedades católicas que, con plausible emulación, trabajan en este dilatadísimo campo, sembrando la semilla evangélica, me han llamado la atención nuestros compatriotas Agustinos, á quienes, en China, les ha tocado en suerte la provincia más antiextranjera y la más refractoria, hasta ahora, á la luz del Catolicismo. Y en tal grado esto es verdad, que, hablando un día en Shanghai con el venerabilísimo decano de los Obispos en aquel Imperio, el Vicario apostólico de Hupé, me dijo: «Créame V., una sola conversión en Hunan vale más que ciento en cualquier otro vicariato.»

Y aunque aquellos nobilísimos y generosos pechos españoles no quieren, por fruto de su trabajo, más cruces ni más condecoraciones, que la cruz de Cristo y el mérito de la conversión y de la salvación de las almas, creo que no se molestarán si, honrando la causa de nuestra Religión, á la par que la de la gloria de nuestra patria, llamo la atención del público creyente, para coadyuvar todos, con oraciones ó con limosnas, en la empresa santa de aquellos hijos de nuestra bendita tierra.

A este fin me tomo la libertad de remitirle el adjunto trabajo.

En un casi ignorado rincón de China, llamado provincia de Hunan, en la parte septentrional de la misma, tiene España un puñado de héroes anónimos, quizá desconocidos hasta de su propia patria, aunque ésta vive y palpita en su pecho, fresca, lozana, pura y con todos los encantos de una flor primaveral.

Herederos del espíritu grandioso de nuestros siglos de oro, en que el alma española, volando en alas de la Religión católica, y no de otro modo, sorprendió la existencia de un mundo adivinado, y creó en él el imperio de la civilización cristiana, única á quien corresponde la gloria del ennoblecimiento de las sociedades, hanse lanzado esos nobles hijos de la raza hispana, en la flor de su edad, en medio del Paganismo, para luchar á pecho franco con él, en nombre de Dios y de la Iglesia católica. No llevan consigo ni detrás de sí, el estruendo del cañón, ni la preponderancia de su propio país, en otros tiempos, no muy lejanos, tan temible y tan temida en aquel dilatadísimo Imperio. Tampoco cuentan, para sacar adelante su empresa, con abundancia de subsidios pecuniarios, antes bien se ven precisados á recurrir á la caridad de almas piadosas, y á llamar á las puertas de la compasión cristiana, á fin de poder sufragar gastos de imperiosísima necesidad, en favor de multitud de niñas angelicales de la «Santa Infancia,» que la impiedad maternal arroja á las puertas de sus orfanotrofios, y á los cuales gastos no pueden atender con lo poco que reciben, de un modo regular, para su propio, no abundante ni nada exquisito, sustento. Sólo llevan en su frente y en su pecho la fe de Jesucristo, por razón de la justicia de su causa y de su empresa: y por armas, la caridad, la pobreza y la paciencia en los trabajos, las enfermedades y las persecuciones.

Los reverendos Padres misioneros españoles, á quienes me refiero, pertenecen á la Familia religiosa Agustiniiana, cuyas glorias históricas corren siempre parejas con las glorias de la nación española. Fray Luis de León, Fr. Andrés de Urdaneta, Santo Tomás de Villanueva y el P. Flórez son nombres que llenan las páginas de nuestra historia patria de honor, de gloria y de grandeza.

Durante mi larga permanencia en el celeste Imperio he tenido la dicha y el honor de conocer á todos aquellos buenos Religiosos y de conversar con ellos. Ello fué de un modo más especial el año 1900, cuando la persecución político-religiosa rugía con más furia en todas las provincias del Norte, obligando ésta á todos los extranjeros, misioneros y no misioneros, á refugiarse en los puertos á la sombra de la protección de las Armadas unidas, que defendían indistintamente á todos los súbditos de las Potencias allí interesadas. Tan tristes circunstancias me precisaron á ponerme en contacto más íntimo con aquellos venerables varones, pero de una manera más especial con el Superior de

ellos, el M. R. P. Fr. Saturnino de la Torre, vicario provincial y provicario apostólico.

Hijo humilde de un humilde lugar de la provincia de Palencia, ha sabido elevarse á la verdadera grandeza de rango y de sangre, para cuya adquisición se necesitan esfuerzos sobrehumanos. Lleva en sus venas la sangre generosa, limpia y noble del cristiano que jamás la ha manchado con las impurezas de la vida mundana; y en el fondo de su hermoso corazón se descubre pronto el blasón de sus heroicas victorias sobre todo lo que en esta vida halaga tanto las pasiones de la raza humana. Su vida toda se resume en esta sola palabra: «abnegación.»

En el período á que antes me he referido, lo vimos soportar con admirable presencia de ánimo los abrumadores contratiempos que le sobrevinieron en la persecución de los *bovers*.

Siendo superior regular de aquella Misión, en la que, á fuerza de paciencia, de oraciones y de sudores se había podido empezar ya, á la sazón, á recoger el fruto de tantas fatigas de aquellos hombres apostólicos, naturalmente su caritativo corazón hubo de padecer amarguras sin cuento, que le atormentaban horriblemente, al ver el peligro amenazador é inminente que corrían á la par la fe de los neófitos y la vida de sus hermanos de hábito, súbditos suyos, en todo el vicariato de Hunan Septentrional.

Moraba él en la ciudad de Yotchow, acostada sobre la ribera y á la entrada del Lago Toungh-tin, residencia de fundación reciente, y, por consiguiente, de cortísimo número de cristianos, así como también de catecúmenos: sin iglesia, ni oratorio, ni cosa que lo pareciera; teniendo por vivienda una pobrísima y medio desvencijada choza, que no llegaba á merecer los honores del nombre de *casa*, porque era un recinto limitado, en su parte superior y á trozos irregulares, por el firmamento, y el resto, por techumbre de pedazos de teja mal ajustados: á los costados tenía por paredes algunos ladrillos sobrepuestos de canto, sostenidos entre sí por argamasa de barro, y entreverados por algún remiendo de caña por más que los suficientes agujeros por los cuales el viento, la lluvia, la nieve y la luz podían entrar sin obstáculo alguno, durante las cuatro estaciones del año, para hacer feliz al morador. Tenía este sistema de construcción la ventaja de economizar las ventanas, y, si se quiere, hasta la puerta de entrada, pues ésta era tal, que no lo parecía. Tan reducido recinto es iglesia, cuando en él se catequiza á los catecúmenos, se celebra la Misa ó se administran los Sacramentos; es celda, cuando el Religioso que la habita reza el Oficio Divino, el santo Rosario y las preces cotidianas de su Orden, ó medita y ora largos ratos de rodillas en la presencia de Dios; es «gran salón de recibimiento,» cuando llega á visitar al P. Saturnino su gran admirador, personal y cordialísimo amigo, el contralmirante de la armada francesa en el Extremo Oriente, Mr. Bayle; es sencilla sala de visitas, cuando los mandarines tienen la atención de ir á *molestar* al enropeo; es despacho oficial, cuando se reciben los correos ó se redactan hermosos documentos en castellano, latín, francés, ó en chino, relativos á los asuntos de la Misión; es dormitorio, cuando sin fuerzas ya el cuer-

po para continuar trabajando á las altas horas de la noche, se le conceden unos momentos de reposo sobre una cama, siempre improvisada, de la primera tabla que puede haber á las manos, reposo del que todavía no le deja gozar por completo su naturaleza, ya bastante achacosa, especialmente en estos últimos años, en que se le han agravado los padecimientos del estómago y de insomnio: no es comedor, ni cocina, á ninguna hora, ni en ninguna ocasión, porque el tributo de la alimentación de la naturaleza lo satisface en cualquier parte de las calles chinas, donde se encuentran siempre figones ambulantes, no muy provistos, pero suficientes para acallar, de cualquier manera, las necesidades más perentorias de la gente menesterosa y pobre, que hormiguea por las poblaciones de aquel Imperio: no es tampoco salón de recreo, porque los goces del cuerpo y del alma los deja aquel Religioso para la vida futura: es una nevera en tiempo de invierno, y un horno, en tiempo de verano: en resumen, este ejemplar misionero crucifica su cuerpo constantemente en el altar de los dolores, trabajos y penalidades, y su espíritu se eleva desde ese altar, como olorosa nube de incienso, á las mayores alturas de las virtudes cristianas.

Desde este tugurio, despreciable á los ojos del mundo pagano, pero apreciabilísimo ante el tribunal de la caridad y del heroísmo cristianos, podía muy bien el P. Saturnino huir á Hankow, por el gran río Yang-tzse, á fin de ponerse en salvo, pero no lo hizo hasta que, obligado por las noticias oficiales del horrible asesinato de Mons. Fantosati, vicario apostólico de Hunan Meridional, perpetrado en la capital de toda aquella provincia, hubo expedido mandato formal á todos los Religiosos misioneros de su obediencia, para que se pusieran inmediatamente en camino del dicho Hankow, aprovechando los primeros medios de que pudieran disponer, sin reparar en gastos, y estuvo seguro de que todos lo habían recibido.

He visto la correspondencia de aquellos heroicos Agustinos, dirigida á su Superior en ese difícil y angustioso período que en todas partes precede, solemne y aterrador, á las grandes perturbaciones de un Estado, y no sé qué admirar más, si el espíritu de obediencia á las órdenes de la Autoridad, ó el espíritu de abnegación, de caridad y de heroísmo con que, al obedecer, humilde y encarecidamente suplicaban al Prelado regular les eximiese de la obligación del precepto, y les dejase entre sus queridos neófitos, para seguir alentándolos en la fe durante la persecución, y perecer entre ellos y con ellos, si necesario fuese, por el nombre y la fe de Jesucristo.

Pero el carácter general de la persecución, que no era exclusivamente religioso; el gran peso que en el ánimo del P. De la Torre hacían los reiterados consejos de Mons. Carlasare, vicario apostólico de Hangyan, y los de otros misioneros caracterizados; las urgentes insinuaciones de los Superiores de Manila; la gran responsabilidad que pesaba sobre su conciencia, de no aprovechar los tal vez escasos momentos de probabilidad para la salvación de aquellos celosos misioneros, y el espíritu evangélico que encerraban y en que se fundaban todas estas razones, de conformidad con el precepto del Divino Salvador á sus Apóstoles:

«Si os persiguen en esta ciudad, huid á otra,» fueron los móviles que decidieron al Vicario Provincial á retirar temporalmente de la Misión á sus Religiosos.

No obstante esta diligencia, todavía hubo un núcleo de valientes que quedaron en el campo del peligro. Estos fueron, el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Luis Pérez, vicario apostólico de Hunan Septentrional, y otros tres Religiosos Agustinos: el primero, porque no podía ser obligado por el susodicho Vicario Provincial, y los demás, porque el señor Obispo, contando con el consentimiento de los mismos, pudo conseguir la exención del mandato, escribiendo al Superior de ellos.

El Ilmo. y Rmo. Sr. Pérez es otro varón apostólico, acerca del que se ha ocupado ya esa Revista (*Las Misiones Católicas*) y publicado su retrato. Sin embargo, espero que los lectores agradecerán la lectura de un documento, en que el mismo P. Saturnino me describe, con la entusiasta sencillez de un apóstol que escribe y habla de otro apóstol, la última visita pastoral de aquel señor. Es como sigue:

«Sr. D. Benito Sánchez García.

Yotchow (Hunan, China), 10 de Abril de 1902.

«Muy señor mío y de todo mi respeto: Desea V., según me manifiesta en su grata de Enero último, que le dé algunas noticias de estas Misiones, en particular de la visita de nuestro ilustrísimo Prelado á las cristiandades, de la cual visita escribí á V. diciéndole que se verificaría muy pronto, como realmente sucedió. Voy, pues, á dar á V. las noticias que me pide, suplicándole me dispense la brevedad, porque en verdad tengo poco tiempo, y no es á propósito mi pluma para hacer descripciones que den un buen rato placer á V.: reciba mi buena voluntad.

«Una visita pastoral en España, ó en cualquiera otra nación de Europa, no ofrece grande interés á los curiosos, que ó no saben, ó no reflexionan en lo que una visita pastoral significa, ni conocen los sinsabores que sufren los Prelados. En China las visitas se hacen de muy distinta manera. Primero: porque acá no hay ferrocarriles para las grandes distancias, ni para las cortas hay carreteras, ni en estas regiones se conocen los carruajes, siendo preciso en muchos sitios ir en una mala silla llevada por dos hombres, habiendo no pocos lugares en que es preciso ir á pie, porque los senderos abundan en peligros de rodar á precipicios. Segundo: en los lugares llanos abundan los ríos y lagos, en los cuales se hacen los viajes en barquichuelas que generalmente ofrecen todas las comodidades de un calabozo, excepto el estar bien ventiladas. El territorio que visitó nuestro señor Obispo es bastante mayor que cinco provincias españolas, sabiendo ya de antemano que durante el viaje había de ser recibido en muchas partes como persona á quien se mira de reojo, y se la considera peligrosa: tal es el concepto en que estos infelices paganos tienen á los extranjeros, llamándonos con frecuencia y á nuestra misma cara *diablos de Occidente* (Yang-Kuei Tse). Dios los ilumine y les haga conocer la verdad que venimos á anunciarles.

«La residencia ordinaria de nuestro señor Obispo es en la ciudad de Litchow, en donde tienen por palacio

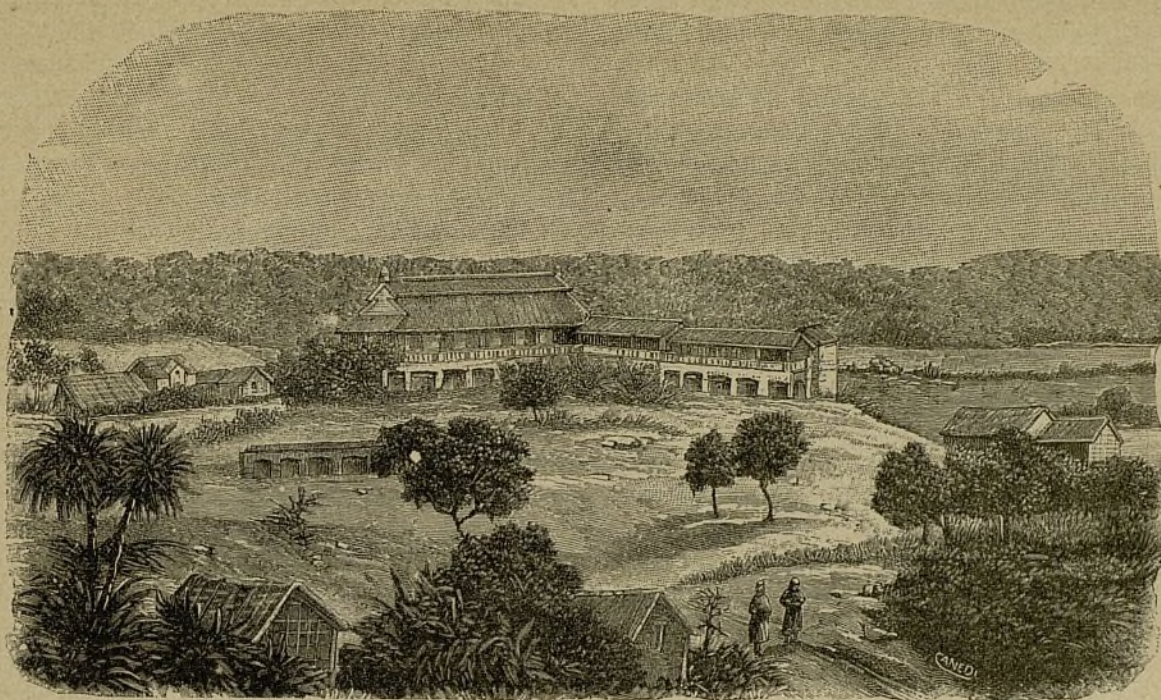
un mal caserón chino hecho con tablas, que á fuerza de años se han podrido, y por no dar más de sí nuestros recursos, los grandes agujeros se han ido cubriendo con esteras, pero que no pueden impedir el que durante el invierno entre la cellisca en su misma habitación por muchas partes, y cuando hay lluvias con viento fuerte, con dificultad puede impedir el que se le moje hasta la misma cama. Pero esto no quita que el venerable anciano esté muy contento, porque se acuerda de los tiempos, aún no lejanos, cuando no podía estar tranquilo en ningún sitio de la Misión, por la persecución obstinada que en todas partes nos hacían los mandarines, y ahora, gracias al Supremo Dador, gozamos de la tan deseada paz, y las Autoridades nos respetan, haciéndonos justicia en nuestras reclamaciones, mejor aún que en las cultas naciones de Europa, cuyos gobernantes se llaman *portaestandartes de la civilización y de la libertad*, oprimiendo á todo el que no piensa como ellos.

«A primeros de Noviembre de 1901 salió de Litchow el señor Obispo en dirección á Changte, que es la ciudad más importante de todo el vicariato (á la que hace sólo siete años no podíamos acercarnos sin exponer nuestras vidas, teniendo que visitar ocultamente á los pocos cristianos que allí había), teniendo que emplear dos días en el camino, durmiendo en las posadas chinas entre cargadores de todas partes, porque en estas tierras transportan las cosas á hombros haciendo los hombres el oficio de caballerías, y en las posadas, cuyo comercio principal es con los pobres cargadores, dicho se está que en ellas la limpieza no es conocida: son los chinos poco aseados, y en sus posadas hay más abandono aún que en las casas particulares de los pobres.

«Al llegar á Changte se halló con que si en Litchow había dejado una casa mala, como queda descrita, la de allí era peor aún, no merece el nombre de casa, pues en verdad no es más que una choza, teniendo que celebrar el Santo Sacrificio en un portalillo, poco semejante al de Belén: formando triste contraste con el lujo y esplendor de los protestantes, que nos siguen como la sombra al cuerpo. Cuando nuestras vidas peligraban en aquellas otras regiones, ni un solo protestante se acercaba por allá, mas ahora que hemos vencido las dificultades, lo inundan todo como plaga de langosta, causando mucho mal, porque con el brillo de su oro deslumbran á muchos incautos. En las personas formales influyen poco, porque ven su modo de proceder, que les honra poquísimo, y se hallan desacreditados. Mas aun así, no cabe duda de que nos hacen mucho daño.

«Desde Changte fué el señor Obispo á ver una nueva residencia, que acababa de establecerse en la ciudad de Taoyuen-Taoyuen: le gustó mucho aquel sitio, y volvió complacido al ver que allí son no pocos que abrazan la verdadera Religión. Dios les confirma á todos en el bien que han comenzado.

«No pudo S. S. Ilma. detenerse en la región de Changte, y á los pocos días se dirigió á Yuen-Kian en una barquilla, disfrutando tres días en ella las delicias de un temporal con nieves y vientos nortes. Pero como para alivio del viaje, tuvo la satisfacción de hallar en Yuen-Kian al joven misionero P. Lorenzo Alvarez muy



TONKIN.—LA AMBULANCIA DE YEN BAI.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 203)

tranquilo entre sus cristianos, con fundadas esperanzas de ir aumentando el número. Mas para que su gozo se mezclase también con un poco de amargura, halló la casa (recientemente comprada) en tales condiciones, que apenas podía preservarse de la intemperie, y con haberle suplicado el misionero que le concediese unos cincuenta duros para arreglar dos habitaciones y preparar sitio en donde celebrar con alguna decencia, se vió en la precisión de no poder concederle la tan crecida suma, por tener que atender á otras necesidades más urgentes, porque no sólo tiene que cubrir necesidades, sino socorrer miserias verdaderas.

«A primeros de Diciembre se dirigió el señor Obispo á Yotchow atravesando el famoso Lago Toun tin en una barquichuela, llevando en su compañía á un sacerdote indígena que lo esperaba en Yuen-Kían. Las barcas siempre ofrecen poquísimas comodidades, y como era la estación del invierno, con no muy buen tiempo, tuvo que padecer bastante en los dos días largos que tardó en atravesar el lago, llegando á Yotchow con viaje feliz, según decía S. Ilma. Llegó á Yotchow muerto de frío por la mañana, y fué recibido sin aparato alguno: celebró la Santa Misa, y luego empezó á informarse del estado de aquella naciente cristiandad: al día siguiente administró la Confirmación á un adulto nuevo converso y á un niño. También halló en Yotchow una choza en vez de casa, sin tener medios de mejorarla, por más que también es ciudad importante.

«Increíble le parecerá á V., mi buen amigo D. Benito, la estrechez con que vive nuestro dignísimo Prelado. Sabía yo muy bien (por haber vivido varios años en su compañía) que le gustan para el desayuno unos bollitos cocidos al vapor: á la sazón los vendían aquí blancos de harina buena, y por lo tanto eran un poco más caros. Se los puse para desayuno, é inmediatamente preguntó que cuánto costaban. Naturalmente,

no se lo dije, pero se valió de los muchachos para averiguarlo; y al saber costaban diez chapecas cada uno (una perra chica, próximamente), dijo que de ningún modo se los volviera á poner, porque no los tomaría; que le bastaban los ordinarios, y estaba acostumbrado á tomarlos, que sólo cuestan á tres chapecas cada uno. ¡¡Lujo episcopal!! En todas partes hallaba pobreza, es cierto, pero en todas partes él es el primero en dar ejemplo.

«Continuó su viaje á Yalan, que es la primera cristiandad establecida en esta región. Allí hay una casa, pequeña sí, pero decentita, con iglesia muy suficiente para aquel lugar, en la que administró unas cuarenta confirmaciones. Desde Yalan fué medio día de camino á Niekiasé, en donde tuvo el consuelo de hallar una nueva cristiandad fundada en poco tiempo, con casa regular é iglesia, que en estos lugares puede tener los honores de catedral, no terminada entonces todavía, pero próximo á terminarse, y pudo ver bien las dimensiones, solidez, etc., etc.

«Pero lo principal para S. Ilma. fué el ver la puntualidad con que los nuevos cristianos asistían á la iglesia, y las esperanzas fundadas de que vaya en aumento por el número de catecúmenos que estaban instruyéndose para recibir el santo bautismo. Respecto á catecúmenos y nuevos convertidos, es preciso tener en cuenta, para no juzgar erróneamente, que éstas son nuevas Misiones, en donde ha habido siempre grande prevención contra todos los extranjeros, y con prevención nos recibieron á nosotros también. Además no somos tan buenos pescadores como el glorioso San Pedro, que tirando sus redes al mar las sacaba llenas de peces grandes. Somos pobres pescadores de anzuelo, y cuando después de arrojarle varias veces sale un pecesito, no podrá V. figurarse lo contentos que nos ponemos. Pero aun así, bien puede decirse que estas cristiandades prosperan.

«Desde Niekiasé fué á las montañas de Cha-tan, que es la última residencia de las abiertas en esta región, y en las que se van recogiendo no pocos frutos, siendo allí mayor el movimiento hacia nuestra Religión sacrosanta que en otros lugares: el joven misionero P. José recibió al señor Obispo (como lo había recibido en Niekiasé), saliéndole al encuentro con la mayor parte de los cristianos, deseosos de ver á S. Ilma., y quemando muchos reventadores, que hacen la alegría de estas gentes. También en Cha-tan halló iglesia muy capaz, bastante bonita, aunque poco sólida, porque al hacerla escaseaba mucho el dinero y se procuró hacerla barata, pero para aquellas montañas es iglesia muy decente. Para solemnizar la visita del Prelado tenía preparados el misionero cuatro adultos, á los cuales S. S. Ilma. regeneró con las aguas del Bautismo, y administró á varios la Confirmación, habiendo hecho lo mismo en Niekiasé, á donde volvió á los pocos días, pues le urgía el salir de aquellas montañas para no ser presa de alguna nevada que le impidiese continuar su viaje de vuelta, y no pudiese llegar á pasar las Navidades en Litchow, como deseaba; porque se estaba terminando también allí una nueva iglesia (la Catedral), y su solicitud le tenía inquieto, á pesar de que al frente de las obras estaba el perito P. Angel Diego, quien dirigió las obras de otra iglesita en Caikikiao, la más bonita que tenemos en la Misión. Llamo Catedral á la iglesia de Litchow por ser aquélla la residencia episcopal; pero suponga V., mi buen amigo y señor, qué obras monumentales hará un señor Obispo que, viendo verdadera necesidad, no pudo conceder al misionero de Yuenkian cincuenta duros para arreglar dos habitacioncillas en que vivir, y preparar un oratorio, porque tiene que servir de iglesia el portal de la casa: no tiene otro sitio más á propósito, siendo además pequeño para la gente que se reúne.

«Al volver el señor Obispo á Yuenkian creyó que no podría llegar á Litchow para Navidades, por estar ya muy entrado el mes de Diciembre, y así se fué á pasarlas en Chante, que no dista tanto, haciendo aquellas jornadas con viento favorable. Mas como le urgiese el terminar cuanto antes la visita, y faltando varios días para la Pascua, el 22 de Diciembre salió de Hofu (próximo á Chante) para ver las residencias de *Semensien*, *Tseleang pin* y *Sesueitien*, sin arredrarse por el frío que suele hacer en aquellas montañas durante el invierno, época no muy á propósito para trepar por aquellos montes. El Señor bendijo realmente sus viajes, y en toda la temporada gozó de buena salud, teniendo la satisfacción de ver que en todas las cristiandades había paz, con aumento del número de creyentes. Terminó su viaje volviendo á Litchow, en donde está el orfanatrofio contiguo á la residencia episcopal: en él hay recogidas más de quinientas niñas, tiradas á la calle por sus desnaturalizados padres. Esas niñas, cuya mayor parte aún está en la lactancia, forman la carga pesada de nuestro dignísimo Prelado por no tener medios con que socorrer tantas necesidades, y si tuviese un puñado de vil cobre recogería muchísimas más: pero en medio de los cuidados para procurar con que sostenerlas, le dan muchos consuelos, porque por medio de esa Obra piadosa de la Santa Infancia se envían al cie-

lo muchos cientos de almas todos los años. También pasa el señor Obispo alguno que otro rato distraído oyendo á las mayorcitas (de cuatro ó cinco años) cantar el *Ave Maria*. Tienen los chinos la voz muy áspera, y las niñas reunidas para rezar, realmente parecen un conjunto de chicharras, pero como son inocentes, levantan puras sus manos al cielo, y no dejarán de conseguir bendiciones para los que gemimos en este valle de lágrimas y destierro.

«Después de terminar su visita nuestro ilustrísimo Prelado, vió terminarse también la obra de su nueva iglesia, llamamosla Catedral, y el día 20 de Febrero del presente año la bendijo con toda la solemnidad posible, asistiéndole los misioneros que se hallaban más cercanos á Litchow.

«He procurado del mejor modo posible satisfacer los buenos deseos de V., mi buen D. Benito: le suplico procure V. también, por los medios que estén á su alcance, ayudarnos, por sí y por sus amigos y conocidos, á socorrer las muchas necesidades que aquí estamos experimentando. Nos tendrá V. siempre muy obligados, y hará una obra muy meritoria en la presencia de Dios contribuyendo á la conversión de estos infelices paganos, que se hallan en las tinieblas del error y sombras de la muerte.

«Quedo siempre de V. afmo. S. S. que le ama en el Sagrado Corazón de Jesús, Fr. Saturnino de la Torre, misionero de Hunan.»

Correspondiendo á los deseos expresados al final del documento anterior; deseando cooperar con estos apostólicos varones, compatriotas nuestros, en la hermosa obra de cristianizar aquellos paganos, así como en la de salvar para el cielo muchísimas niñas inocentes, de las innumerables que los chinos arrojan á la calle, por sólo el hecho de haber nacido hembras, y anhelando al mismo tiempo hacer partícipes de esta obra meritoria al mayor número posible de almas caritativas que desean adquirir merecimientos para la vida eterna, en la propagación de la fe católica y en la salvación de las almas, recurro confiado á las columnas de esta Revista titulada *Las Misiones Católicas*, por si alguno de sus piadosos y pudientes lectores tuviera á bien contribuir con su óbolo para tales fines. Estos pueden remitir sus limosnas á cualquiera de los Superiores de las casas de los Padres Agustinos, es á saber: en España, Valladolid, Colegio de Padres Agustinos; Madrid, Porlier, 2; Barcelona, Travesera de Dalt, 63; en China, Hankow, Spanish Mission; en Filipinas, Manila, convento de San Agustín. A la vez pueden enviar también, si en ello no tuvieren reparo, sus respectivos nombres y apellidos, para ser registrados en la lista de los bienhechores de la Misión.

BENITO SÁNCHEZ GARCÍA.

Manila, 15 de Julio de 1902.

DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKIN

POR EL P. GIROD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS
DE PARÍS

(Continuación)

XXVI.—EL CORONEL PENNEQUIN Y LA IGLESIA DE YEN BAI.—GENEROSO CONCURSO DE LAS TROPAS.—EL JUEVES SANTO Á BORDO DEL «MOULUN.»—FUNERALES POR LOS MUERTOS DEL CUARTO DISTRITO.

La pacificación debía contribuir, según todas las probabilidades, á que Yen Bai se convirtiese en un centro importante, si se instalaban allí los anamitas del Delta, que en general muestran repugnancia por la alta región á causa de la fiebre de los bosques que más ó menos les ataca. Los comerciantes se arriesgaban á vender sal y á comprar diferentes productos de los países muongs, pero nadie se instalaba de un modo definitivo más arriba de Tuan Quan. Convenía atraer pacíficamente á esta región fértil y casi deshabitada, el exceso de población del Delta. El coronel Pennequin, hábil administrador, juzgó que podría contribuir á su propósito la presencia del misionero, y me prometió su concurso para instalar una Misión en Yen Bai.

Hacía ya mucho tiempo que, atendida la importancia de los destacamentos militares de la alta región, lamentaba yo que no me fuese posible prestar los auxilios espirituales á aquellos valientes soldados, la mayor parte católicos, que combatían y morían sin sacerdote y sin consuelos religiosos. Además, en los alrededores de Yen Bai existían algunas cristiandades que menguaban visiblemente á causa de la carencia de sacerdotes.

Siendo, pues, necesaria la presencia de un misionero en Yen Bai, el Ilmo. Gendreau, sin desligarme por el pronto del distrito, me comisionó para que explorase el terreno, y celebrada la fiesta de la Asunción de 1893 en Du Bo, me dirigí á Yen Bai, en donde todos me dispensaron cordial acogida. Más afortunado que en Tuyen Quang, sin dificultad alguna pude adquirir un solar conveniente, y el 10 de Octubre se inauguraron las obras para la fundación de una iglesia franco-anamita, que me proponía dedicar á San Miguel. Ciertamente sólo era rico de esperanzas, pero tenía mucha fe.

Me hice mendigo. Una cuestación entre el coronel y los oficiales me proporcionó algunas piastras, que convertí en ladrillos, arena y cal.

Pronto advertí que disminuían mucho los fondos, sin que las paredes se levantasen gran cosa. Mas Dios no abandona á los suyos.

El coronel me salvó organizando una subscripción en el quinto distrito militar. Oficiales, soldados y empleados civiles correspondieron con generosidad á su llamamiento, enviándome su óbolo. Los tiradores tunkinos, budistas en su mayor parte, aprovecharon esta circunstancia para atestiguar su respeto al misionero. ¡Que San Miguel recompense á estas buenas gentes en este y el otro mundo!

Deseoso el coronel de secundarme todo lo posible, escribió al gobernador general pidiéndole una subvención

de cien piastras para la construcción de la capilla destinada á las tropas de Yen Bai; pero la Administración contestó que no podía concederlas porque el presupuesto del Protectorado, en el artículo «gastos del culto,» sólo trata de monumentos y ceremonias búdicas, y la pagoda del gran Buda, en Hanoi, lo había absorbido todo.

En la precisión de proporcionarme el nervio de la guerra, esto es, el dinero, mal dueño, pero buen servidor, y recordando el proverbio clásico: *Audaces fortuna juvat*, tomé la pluma para llamar á las puertas y hacer abrir las bolsas. Tarea ingrata; pero «ayúdame y el cielo te ayudará.» Si bien recibí negativas de quienes más confiaba, no faltaron almas generosas que acudieron en mi auxilio.

Las Misiones Católicas publicaron una carta que conmovió profundamente el corazón de una mujer verdaderamente cristiana, la Sra. Girard-Novallet, presidenta de las damas de la Cruz Roja de Lyon. Dios le hizo comprender que las madres, las esposas y las hermanas de los soldados debían procurar á las tropas de Ultramar algo mejor que pipas, tabaco y confituras, cosas por lo demás muy buenas.

Convenía crear una obra especialmente destinada á sostener los esfuerzos de los misioneros para asegurar los auxilios espirituales á los destacamentos y ambulancias privados de sacerdote; en otros términos, debía crearse la obra de la limosnería voluntaria colonial. La Sra. Girard-Novallet no vaciló un punto, y atendiendo únicamente á su celo y abnegación, empezó desde luego su campaña bajo la dirección de un sacerdote de corazón de apóstol y de soldado, el Rdo. Lesserteur, antiguo ministro del Tonkín, y director del Seminario de las Misiones Extranjeras. La Obra de la limosnería colonial, nacida apenas ayer ha podido ya sostener eficazmente á los ilustrísimos Vicarios apostólicos del Tonkín occidental y del Alto Tonkín, para los servicios religiosos de la ambulancia, particularmente en Tuyen Quang y Lao Kay.

Por el momento procuramos llevar á feliz término la construcción de la iglesia de Yen Bai. La mayor parte del trabajo estaba ya hecho al reemplazar al Sr. Pennequin, en 1893, el coronel Serviere. El nuevo comandante del distrito se muestra tan benévolo como su predecesor, y mientras que en la alta región persigue las bandas chinas que infestan al país, tengo la fortuna de que sea jefe de Yen Bai un excelente compatriota, el teniente coronel Pretet.

Merced á la buena voluntad de todos, el día de Pascua, 25 de Marzo de 1894, pude celebrar la santa Misa en una de las capillas laterales, asistiendo la mayor parte de las tropas de la guarnición y los tripulantes del *Moulun*. A la elevación sonaron los clarines y batieron marcha los tambores. Valientes legionarios prestaron á la solemnidad el concurso de sus voces varoniles para cantar el *Aleluya* en honor de Jesucristo resucitado.

¡Dígnese el Señor, que ha hecho sanables las nacio-



TONKIN.—JUNCOS CHINOS QUE TRANSPORTAN MERCANCIAS DEL TONKÍN AL YUN-NAN.—
Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod

nes, hacer que reine de nuevo en Francia la viveza de esa antigua fe cristiana que ha constituido su gloria y su poder!

El Jueves Santo había tenido ya un patriótico consuelo. El subteniente de navío Escande, comandante del *Moulun*, marino á quien la divisa: «Honor y patria» no excluye al Dios de los ejércitos, me había pedido celebrase la Misa á bordo. Transformaron en capilla el puente de la artillería, y el pabellón nacional ondeaba sobre el altar, cobijando bajo sus pliegues la cruz. Los cristianos indígenas de los alrededores de Yen Bai, hombres, mujeres y niños, obtuvieron permiso de subir á bordo, y quedaron maravillados viendo que por fin los franceses hacían un acto de fe pública presentando las armas al Evangelio.

Así que me fué posible quise pagar mi deuda de gratitud al ejército celebrando solemnes funerales por los muertos del cuarto distrito.

El 3 de Abril fué la fecha designada. Adornóse la iglesia con escudos, trofeos, armas y ramaje, y cubrióse el catafalco con la bandera tricolor, rodeándolo una hilera de sables y bayonetas que hacían las veces de candeleros, presentando en conjunto un aspecto religioso y patriótico verdaderamente encantador.

Todos se hicieron un deber de ofrecer á los camaradas muertos ante el enemigo ó en la ambulancia, un recuerdo de amigo, una oración de cristiano. Aquel día estrecháronse más que nunca los lazos de unión entre el soldado y el misionero, unión á la que muy pronto se encargó de ponerle el sello el glorioso San Miguel. Un generoso católico amigo del Tonkín, el Sr. Romanet du Caillaud, hizo donación al Ilmo. Puginier de una mag-

nífica estatua de San Miguel, de dos metros de altura, para ser colocada en la cumbre del monte Ba Vi.

No habiendo permitido las circunstancias realizar este intento, la estatua, provisionalmente depositada en una capilla de la catedral de Hanoi, aguardaba un destino digno de ella. Ninguno le convenía mejor que el de Yen Bai, é hice presente al Ilmo. Gendreau todos los motivos religiosos, políticos y militares que militaban en su favor.

Con asentimiento del donante, el Ilmo. Gendreau me envió la estatua de San Miguel; que tomó militarmente posesión de su hornacina... no, de su garita, encima y un poco atrás del altar mayor. En las grandes festividades esta magnífica estatua, representando al Arcángel armado de piés á cabeza, parece

saludar con el sable á los oficiales y soldados franceses, de pie en su presencia y ante el altar. ¡Viva San Miguel! ¡Viva el ejército!

XXVII.—LA LEGIÓN EXTRANJERA.—EL LEGIONARIO ALSACIANO.—LA MUERTE DEL SOLDADO CRISTIANO.—LA CRISTIANDAD DE PHUC-LOC.

Durante el tiempo que permanecí en Yen Bai para dirigir la construcción de la iglesia mantuve cordiales relaciones con la guarnición, que asistió á la Misa los días festivos; y por turno tuve que ir á comer en todas las cantinas. ¡Buen medio de evitar los gastos de mesa, y dar al mismo tiempo instrucciones religiosas! ¿Qué queréis? ¡Se hace lo que se puede; en la guerra como en la guerra; no se predica siempre desde el púlpito! Satisfacía mi escote aceptando gustoso la discusión sobre la teología, la historia y la política cuando y como se presentaba.

Compréndese que la presencia del misionero fué especialmente beneficiosa para los enfermos de la ambulancia. Casi todos los moribundos europeos recibieron con fervor los últimos Sacramentos, y muchos tiradores budistas pidieron el bautismo *in articulo mortis*.

Por desdicha era débil mi acción sobre cierta parte de las tropas compuesta de alemanes, belgas, suizos y franceses más ó menos hijos pródigos. A excepción de los jóvenes alsacianos-loreneses, enganchados para no servir á Alemania y obtener la naturalización francesa, si preguntáis á uno de ellos por qué forma parte de la legión, os responderá sin falsa modestia: «¡Oh! ¡ciertamente no es por mis virtudes!» y si le inspiráis alguna confianza el pobre muchacho os contará tristemente lo que llama sus pecados de juventud. «*Vinum et mulie*

res, dice la Sagrada Escritura, he aquí lo que causa la pérdida del hombre.» ¡Triste humanidad!

Pero en la guerra el legionario es un soldado incomparable. Soporta toda clase de privaciones, es valiente en el combate y no teme la muerte, haciendo con abnegación el sacrificio de su vida. Muchos «honrados ciudadanos» de nuestra egoísta y afeminada sociedad, pudieran tomar lecciones de saber morir, en los individuos de la legión extranjera.

Véase un ejemplo que resume muchos otros:

Entre los soldados de la guarnición que se complacían en venir á contarme sus miserias, hablar del país y pedirme un libro, contábase un joven alsaciano llamado Emilio Kurtz. Para no verse obligado á servir contra Francia despidióse de su anciana madre y de su hermoso país de Alsacia, y después de haber ensayado la vida religiosa se alistó en la legión. Buen corazón, pero mala cabeza, más de una vez tuvo que ser castigado por indisciplina. Felizmente sus convicciones religiosas y el recuerdo de su madre le volvían al buen camino. Sin eso, nuestro amigo corría grave riesgo de tener mal fin, pues no siempre evitaba la ocasión de empinar el codo. La razón, sostenida por la práctica de los deberes religiosos, acabó por triunfar de su carácter orgulloso y de su temperamento violento.

Emilio Kurtz quería á todo trance conservarse buen cristiano y pelear con los piratas para obtener los galones de cabo. Siempre que se formaba una columna para perseguir á las bandas de chinos que infestaban la región, ardía en deseos de salir á campaña, y cuando le llegaba el turno, tenía la prudente precaución de venir á poner en regla los asuntos de su conciencia.

En Diciembre de 1894 formó parte de la columna que debía dar una batida entre Bao Ha y la frontera del Yunnan, á las órdenes del comandante Goutenègre. Antes de salir de Yen Bai vino á recibir la Sagrada Comunión para hacer buena provisión de fuerzas espirituales, y en su visita de despedida me dijo animosamente:

—Esta vez ó perderé la vida ó volveré con los galones de cabo.

Dile un escapulario y un rosario para ponerle al abrigo de los enemigos visibles é invisibles. De centinela por la noche en la maleza, solo y rodeado de tigres y piratas, necesita el soldado cristiano estar cobijado bajo la protección de María. Kurtz me suplicó le explicase la teoría de la contrición perfecta, á fin de estar siempre dispuesto, en caso

de necesidad y en ausencia del sacerdote, á comparecer ante el divino Juez. Por un triste presentimiento, me dejó la dirección de su anciana madre, en Alsacia, haciéndome prometer que le escribiría en caso de accidente. Luego, estando todo en regla, Kurtz me estrechó la mano, y partió alegre con sus camaradas.

El 31 de Diciembre recordando á su amigo el capellán, escribió con lápiz en un pedazo de papel la felicitación de año nuevo, y luego añadió:

«Mi reverendo Padre: Dignaos rogar mucho por mí... En este momento vivaqueamos á unos cuantos kilómetros de una posición casi inexpugnable, distante veinte kilómetros de Lao Kay, y aguardamos refuerzos para avanzar. Como ya os lo he dicho, mi reverendo Padre, en caso de accidente servíos prevenir á mi querida madre. Esperamos que nuestra Santísima Madre del cielo no nos abandonará en la prueba, toda vez que nos lo ha prometido, y sabemos que es fiel á su palabra. Hasta la vista, Padre mío, si no en esta vida, por lo menos en la otra.»

Cuando recibí este billete, al volver de los ejercicios espirituales á mediados de Enero de 1895, mi querido Kurtz dormía ya el sueño eterno. El 11, en el combate de Lang Bai, cayó muerto de un balazo en la frente. Un compañero, que le sepultó en el campo de batalla, refirióme que exhaló el postrer suspiro con el fusil y el rosario en la mano... como soldado cristiano.

¿Queréis otra historia de legionario, pero menos triste, como su héroe, alsaciano de París, sin acento tudesco y con la malicia de los hijos de la capital?

Este modesto soldado, empleado como enfermero auxiliar en la ambulancia de Yen Bai, acababa de recibir su



TONKIN.—BALCÓN COLGANTE DE UN BANAÑO, EN EL CUARTEL DE HIEN LOUNG, Á CORTA DISTANCIA DE DUC QUAN.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod

prima de reenganche, y á consecuencia de reiteradas visitas á la cantina estaba más jovial que de costumbre cuando se presentó en mi casa, ladeado el casco hacia la oreja derecha, y hecho el saludo militar, me dijo:

—Dispensad, Padre mío, si os molesto; pero pasando por aquí ya comprendéis que no podía dispensarme de saludaros.

—Muy bien, amigo D... ¿En qué puedo servirlos?

—Parece, Padre mío, que no tenéis suficiente dinero para el montante de la campana... Tomad, pues, esta piastra. ¡Ea, silencio; nada de gracias!... Ahora, añadió cambiando súbitamente de tono, ahora, señor capellán, quisiera pedirlos un favor. Vos conocíais muy bien á X...: era mi amigo. Desdichadamente acababa de morir en el hospital de Hanoi, y desearía que celebraseis una Misa en sufragio de su alma.

—Perfectamente, querido D...: mañana celebraré la Misa por vuestro amigo.

—Gracias, Padre mío; pero ¿cuánto cuesta una Misa?

—Tranquilizaos, tomaré el honorario de la piastra que acabáis de entregarme.

—¡Ah, no, eso no: las cosas se hacen bien ó no se hacen, y, como dijo el otro, los que son muertos muertos son, y hay que tributarles los últimos deberes... Invitaré á los compañeros, y ya comprendéis quisiera algo solemne, como quien dice ¡un entierro... general!

Por poco suelto la risa al oír que los que son muertos, muertos son.

—Está bien, comprendo vuestros deseos. Precisamente dentro de pocos días celebraré un funeral por todos los muertos del distrito: aguardad, por el momento no tengo lo necesario...

Me refería á los diferentes objetos, como paños fúnebres, colgaduras y cirios, cuya adquisición estaba gestionando.

D... comprendió diferentemente.

—¿No tenéis lo necesario?... Pues bien, ya lo tengo yo.

Y levantándose, sacó del bolsillo y puso sobre la mesa tres ó cuatro piastras.

Apresuráme á manifestarle que no me había entendido bien; mas cortándome la palabra añadió:

—Señor capellán, guardad todo esto.

Y dándome un fuerte abrazo salió tranquilo y satisfecho.

El día siguiente cuando visité la ambulancia, me acerqué discretamente á D..., y le tomé la mano para devolverle sus piastras.

—No, no, señor capellán; sé bien lo que hice; y una vez que he obrado bien después de beber, no es razón para desdecirme.

¡He aquí el legionario! ¡Cuántos párrocos en Francia no tienen feligreses como éste!

—
Mi ministerio de capellán voluntario sin asignación no me impedía cumplir mi deber de misionero ambulante, y proseguí haciendo excursiones á derecha é izquierda según las necesidades de los fieles de mi distrito. El Ilmo. Gendreau, viéndome agobiado de trabajo, encomendó las parroquias de Bau No y Duc Phong á los PP. Pichaud y Brossier; y para la administra-

ción de las tres parroquias superiores hizo me ayudase el P. d'Abrigeon. Así pude fácilmente cuidarme de la instalación de Yen Bai y de las cristiandades vecinas.

—
Duc Quan, situado á orillas de un lago (*V. el grabado de la pág. 205*), contaba setenta y cinco cristianos antiguos, á quienes visitaba con frecuencia, para sostenerles contra la opresión de los notables budistas de la localidad. Reanimáronse en breve, y reconstruyeron una elegante iglesia de madera en el solar de la antigua, incendiada por los piratas. En Hoa Quan, población muy extensa, sólo quedaba una familia que conservase la Religión. Las incesantes turbulencias de los últimos veinticinco años habían causado daño inmenso entre los fieles de aquella región semisalvaje. Un viejo pirata, jefe de cantón influyente, hacía pesar su cruel yugo sobre aquella población desdichada. Al saber que el misionero se instalaba en Yen Bai reanimáronse aquellas infelices gentes, y suplicáronme les ayudase á salir de su triste situación. Gracias á la benevolencia de la Autoridad militar no fueron vanos los lamentos de los oprimidos. En interés de todos fué dividido en dos el municipio de Hoa Quan. La parte superior formó la nueva población de Phuc Loc; casi todos los antiguos cristianos volvieron á la práctica religiosa, y tuve el consuelo de derramar el agua del bautismo sobre la frente de una veintena de adultos. Dispuse se construyese una capilla de bambús, y hoy la cristiandad de Phuc Loc está en excelente camino de progreso. *Deus autem incrementum det.*

(Se continuará).

EL COCO DE LOS MARES

Durante más de un siglo, la nuez de coco de los mares, á causa de su extraña forma y de ignorarse el árbol que la producía, tenía por un fruto sobrenatural y se le atribuían toda suerte de virtudes medicinales: llamábasela entonces *Nux medica*. La nuez del coco de los mares, ó más bien del coco de las Seicheles, para llamarla por su nombre, está formada de dos drupas ovoides muy prolongadas, unidas lateralmente, de 40 á 45 centímetros de largo por cerca de 20 en su mayor anchura, cuyo perispermo leñoso es de una extrema dureza, lo cual le permite estar durante largo tiempo sumergido en agua, sin que se eche á perder su meollo.

Desde muchos siglos se encontraban nueces de coco de los mares en las costas de las islas Maldivas y del Indostán, particularmente en la costa de Malabar: allí las arrojaban las corrientes, sin que nadie supiese de donde procedían. Los indios las consideraban como frutos de un árbol submarino, y los europeos las miraban como hechas de una materia especial que no pertenecía al orden de los vegetales ni al zoológico: hasta un distinguido botánico de principios del siglo XII no vaciló en afirmar que el coco de los mares estaba formado de una materia inorgánica, á la cual debe sus virtudes curativas; idea muy conforme con el espíritu de la época.

Su procedencia ignorada lo hizo una *cosa* medicinal de primer orden: su pulpa seca y reducida á polvo era soberana contra la fiebre, la disentería y el cólera, constituyendo el depurativo por excelencia: su aplicación en cataplasmas era como una panacea universal contra las más rebeldes afecciones de pecho, la hidropesía, la gota, las arenillas, las úlceras más inveteradas, los reumatismos más crónicos, considerándose también como el reductor más eficaz de fracturas y luxaciones. Así es que el precio de una nuez medicinal era elevadísimo: los portugueses, poseedores en aquel tiempo de las regiones donde se la encontraba, habíanse atribuido el monopolio de recogerla. Por mera sospecha de poseer un coco de los mares se maltrataba á cualquier natural del país, y si se llegaba á adquirir la certeza de la posesión se le mataba. En las Indias bastaba poseer uno de los cocos indebidamente, y constituía un crimen tan grave como el de hacer moneda falsa. Las virtudes curativas del mentado fruto eran conocidas hasta en Europa; tanto es así, que se dice que un príncipe de la casa de Hapsburgo, atacado de gota y arenillas, ofreció 4,000 florines de oro, lo que representaba en aquella época unos 80,000 francos de la moneda actual, á quien le procurase uno de tales frutos: no reza la historia de si dicho personaje consiguió hallar el antídoto, pero sí nos dice que murió poco tiempo después.

El descubrimiento del archipiélago de las Seicheles hubo de disipar el misterio que envolvía el origen del coco de los mares: en 1769, Bani descubrió el árbol que lo produce, en un pequeño valle de la isla Poaslin, llamado la quebrada de los Cocoteros: es una palmera descrita por Labillardière algunos años más tarde, á la que han llamado *Lodoicea Sechellarum* ó cocotero de las Seichelles.

El *Lodoicea* es ciertamente una de las más bellas muestras de la familia de las palmeras. Su tronco muy derecho, que alcanza 30 y hasta 40 metros de altura, está coronado por un reducido número (9 ó 10) hojas palmeadas, muy anchas, en forma de abanico, de un hermoso verde oscuro que alcanza las dimensiones enormes de 7 á 8 metros de largo por 4 ó 5 de ancho. Del centro de estas hojas salen espatas leñosas muy desarrolladas (como de 60 centímetros) en forma de navicillas, de las que nacen flores amarillentas agrupadas, muy pequeñas y numerosas, que constituyen el racimo.

La mayor parte de estas flores no llegan á su completo crecimiento, y cada racimo no lleva más allá de cuatro á cinco frutos. Esta especie de palmera es dioica, es decir, que ciertos ejemplares de ella sólo llevan flores masculinas, mientras que otros no las dan más que del opuesto sexo, siendo estas últimas fecundadas por el polen de las primeras, que el viento ó los insectos llevan. El fruto del cocotero descrito, en el momento en que cae al suelo, contiene un meollo muy blanco en cuyo centro se halla una gelatina traslúcida semejante al engrudo de almidón: los indígenas comen esta gelatina, que, aun cuando no tenga sabor alguno, es muy fresca, calidad apreciable en los países tropicales: algunos días después esta gelatina se vuelve consistente y forma cuerpo con el fruto, que es comestible, y que, en cuanto á gusto, se parece al coco ordinario.

El *Lodoicea Sechellarum* es esencialmente indígena de la isla de Proslin y de un pequeño islote llamado isla Curiosa, distante algunos cables nada más de la isla en que Bani vió el primer ejemplar de este frutal curioso. Al descubrirse el cocotero de los mares fueron, en su mayor parte, destruidos: se atribuían á sus hojas y al estipe las mismas propiedades que al fruto: andando el tiempo, los progresos de la medicina han demostrado que el tal coco no posee ninguna virtud curativa. Después, como que estos hermosos árboles son de grande utilidad para el país, los ingleses, dueños actualmente del grupo de islas Seicheles, han prohibido bajo penas severísimas, destruir ni un solo cocotero. Se ha intentado aclimatarlo en diversas colonias, con buenos resultados en las Indias, Ceilán y Mahe: algunos años atrás un ejemplar cultivado en los invernaderos de Hew (Inglaterra) dió un fruto. La crecida de este palmero es lentísima, y no empieza á fructificar sino hacia los treinta años después de nacido.

El *Lodoicea* es de grande utilidad para los indígenas: el fruto, además de servir de alimento, sometido á presión da un aceite útil para el alumbrado y la cocina; del vello que cubre la nuez se hacen sogas y cordeles casi imputrescibles. Las vasijas, como por ejemplo cubetas, cantimploras, platos y tazas, se hacen con la cáscara del fruto. Las habitaciones enteras, y hasta el mueblaje interior, se construyen con las hojas: los nervios medios de éstas, que alcanzan hasta diez centímetros de grueso, sirven para levantar la armadura; las hojas secas y entretajadas forman el techo y las paredes.

Con los filamentos sacados de las mismas hojas se hacen redes de pescar y esteras muy finas, muy útiles, que pueden servir para velas de embarcación, tamices y hasta vestidos y cordelería de gran resistencia. Del serrín de las hojas sacan, también por maceración, un colorante muy negro, que puede reemplazar á la tinta ordinaria.

POR EL MUNDO

India.—La India posee ahora en lord Curzon un virrey que no sólo sabe hacer, sino también hablar. Tiene la robusta elocuencia de los hechos, sin faltarle al mismo tiempo la elocuencia de la palabra, elocuencia de un valor inestimable en un país oriental.

Discutiéndose últimamente, en el Consejo de la vicerregencia de Calcuta, el balance anual de las entradas y gastos para el año venidero, el Virrey pronunció un discurso que puede servir de síntesis á todo lo que ha hecho en los dos años y medio que hace que gobierna este vasto país, y concluyó demostrando que era la India necesaria al Imperio Británico, haciendo esto extensivo, al menos por el presente, á la gran Península indiana.

Según la idea de lord Curzon, la India es un inmenso depósito de fuerza viva, de la cual el Imperio se puede valer á su arbitrio, y especialmente en casos prontos. Esto ha sido probado claramente durante los tres años pasados.

Las primeras tropas inglesas que arribaron á los campos de batalla del Natal y de la China fueron los regimientos ingleses que estaban en la India, como más próximos á esos países, y por razones locales, estar siempre prontos para entrar en campaña.

Además, en la India, el Gobierno Imperial se maneja para tener acopio de provisiones, de vestuario y pertrechos para las tropas de combate. Casi todos los yelmos de sol que los soldados ingleses usaron en la guerra sud-africana fueron hechos en la India. Lo mismo puede decirse del calzado y de otras piezas del vestuario. En cuanto á las provisiones de boca y de guerra, la India proveyó al menos un cuarenta por ciento. Pero esto son ventajas materiales que, aunque apreciables, no tienen el peso mayor en la balanza del Imperio.

En cuanto á ventajas morales, la India es una arena fecunda donde se mueven millares y millares de ingleses bien aguerridos y probados para combatir en el vasto Imperio Británico las batallas de la patria y de la vida.

Un gran número de los mejores generales que ha tenido Inglaterra en estos últimos años, se formaron en la India, ó al menos adquirieron aquí una experiencia que más tarde les fué preciosa. Es de notarse, entre muchos, lord Roberts, el vencedor de Pretoria, formado, se puede decir, casi exclusivamente sobre los campos de batalla en este país.

Lo mismo se puede decir de muchos gobernadores, que el Gobierno Imperial envía á cada momento de la India, donde se formaron, á otras colonias más bárbaras ó de menos tiempo sujetas á la patria.

Lord Cromer, por ejemplo, que ahora rige con habilísima mano la suerte de Egipto, se formó en la India: los ingenieros ingleses que trabajaron en sistematizar la irrigación procedente del Nilo, pertenecían casi todos al Gobierno indiano: los oficiales montaraces enviados por el Gobierno Imperial á atender las inmensas selvas del Sudán, fueron tomados de la India.

Este maravilloso país ha dado hombres fecundos en inteligencia y acción á casi todas las colonias de Inglaterra, y no pocos se sientan hoy en las superiores Corporaciones de la madre patria.

En lo tocante á las finanzas del Imperio ha sucedido lo que nadie se esperaba, esto es, que después de tres años de hambre, no sólo de ésta se ha pronto reaccionado, sino que el balance de este año demuestra un crecimiento de cuatro millones de libras esterlinas. Cosa extraña.

Este adelanto se debe, en gran parte, á la ganancia que los hambrientos, trabajando por cuenta del Gobierno, procuraron al erario, y á la guerra del Transvaal, la cual, retirando de la India casi cuarenta mil soldados, trasladó su mantenimiento del balance del país al del Imperio.

La India no está, pues, en vísperas de extrema ruina, como á menudo predicen ciertos periódicos europeos, especialmente franceses: así, si Dios la ayuda, podrá, poco á poco, ocupar el puesto que le corresponde en el Imperio Británico y en la sociedad civil.

La Comisión del censo publicado el año pasado, ha publicado hace poco algunos cuadros relativos á ciertos caracteres propios de los habitantes de este país.

Sin duda interesará á los lectores tener á la vista el número total de los cristianos que viven en la India, y excepto los católicos en comunión con Roma, las sectas en que están divididos.

Iglesia abisinia, 9.—Iglesia anglicana, 453,612.—Armenia, 1,058.—Bautista, 220,863.—Calvinista, 98.—Congregacionista, 37,876.—Griega, 656.—Creencias indefinidas, 1,511.—Luteranos y afines, 155,455.—Metodistas,

76,869.—Sectas menores, 22,735.—Presbiterianos, 53,829. Cuáqueros, 1,309.—CATÓLICOS ROMANOS, 1,202,030.—Salvacionistas, 18,960.—Sirios, jacobinos y otros, 348,741.—Sirios católicos, 322,586.—Sin nombre, 105,143.

Por este cuadro se ve claro que, entre todos los cristianos, los católicos son el mayor número, contando sólo éstos 1.524,625, esto es, un poco más de la mitad del número total. Naturalmente en este número se incluyen los sirios católicos, que están también en comunión con Roma.

China.—De una carta publicada por el *Eco Franciscano* y firmada por el misionero franciscano español Fr. Celestino Ibáñez, entresacamos los siguientes párrafos:

Después de la sentida muerte de nuestro amado Vicario apostólico he sido destinado á este distrito, cuya residencia principal está aquí, en X'i-ollicuan.

El 10 del pasado Octubre abandoné la capital de esta provincia del Chang-tong, Tsinanfú. Salí en compañía del P. Pacífico, italiano, y á las pocas horas pasamos el gran río Hoang ho, cuyas aguas corren hacia el golfo de Pechilé. Al llegar al río entramos en una barca, y á remos pasaron al lado opuesto; engancharon de nuevo las mulas y proseguimos nuestro camino.

El segundo día de viaje llegamos por la noche á Xazin, en donde reside el mandarín de aquel distrito, el cual cuando supo nuestra llegada nos visitó personalmente en el albergue en que estábamos. Llegó el mandarín en su portantina, y al entrar en nuestra habitación cambiamos el saludo según el ceremonial de la aristocracia china, que consiste en una profunda inclinación, elevando después las manos juntas hasta los ojos, bajándolas luego suavemente. Sentados ellos en las dos únicas sillas que había, y yo en el catu, empezaron su conversación, de la que no saqué más que el negro del sermón, porque apenas entendía palabra.

Cuando estuvimos solos me dijo el P. Pacífico que nos había hablado con mucha atención, ofreciéndose á favorecernos en cuanto le necesitásemos, y que procuraría que en adelante no se volviesen á repetir los disturbios y revueltas del año pasado.

El día siguiente á las once de la mañana llegamos á Uceang, que está sobre el gran canal Imperial.

Pasamos el canal en barca, como habíamos pasado el Hoang-ho, y á poco más de una hora de camino entrábamos en este pueblecito. Al momento que los cristianos se apercibieron de nuestra llegada se llenó la Residencia de grandes y pequeños chinos, que venían á saludarnos y á darnos la bienvenida. Desde entonces me ocupé en aprender la lengua de estas gentes. Los cristianos me ayudan en el trabajo. Cuando vienen á la habitación, ó me encuentran en otra parte, luego me dicen indicándome algún objeto: *¿Xin'u, ciko qulo xino?* «Padre, ¿cómo se llama esto?» Si yo les respondo: *oucido*, no lo sé; me lo dicen y me lo hacen repetir dos ó tres veces, hasta que lo pronuncio bien; si sé cómo se llama y se lo digo, se quedan tan satisfechos. De este modo no tardaré, Dios mediante, en poder hacer algo por el bien de estas almas. Esta parte del celeste Imperio es una perfecta llanura. No se ven montes ni valles. En cambio se ven muchos pequeños pueblos á corta distancia unos de otros. Este X'i-ollicuan es uno de tantos. Se compone de unas ciento cincuenta familias, todas cristianas, á excepción de diez que viven juntas á un lado. Está rodeado de un muro de tierra y un profundo foso. Para entrar tiene solamente dos puertas, una al Norte y otra al Sur. Estos muros y estas puertas, aún cuando no servirían de defensa contra enemigos bien armados y disciplinados, sirve muy bien

GLORIAS DE LAS ARMAS CRISTIANAS



BATALLA DEL SALADO



para defensores de los boxers, que abundan en los pueblecitos vecinos.

Durante la persecución del año pasado, vinieron repetidas veces con escopetas, palos, etc., con intención de entrar y destruir por completo la iglesia y las casas con todos sus habitantes, pero los cristianos los resistieron siempre. A poca distancia de los muros me han mostrado el lugar en donde quedaron muertos 7 *invulnerables* boxers. Una vez, según me han contado, trajeron carros y maderos para pasar el foso, escalar el muro y entrar, pero los cristianos, que por las victorias de otras veces habían cobrado ánimo, salieron contra ellos, los hicieron huir, y con petróleo se lo quemaron todo. Además les cogieron algunas escopetas *sui generis*. Se necesitan para dispararlas dos ó tres hombres: uno puesto de rodillas sirve de apoyo sujetándola con las manos sobre el hombro por la parte anterior del cañón; otro la tiene por la parte posterior y hace la puntería, y un tercero aplica la mecha y hace el disparo. Como es fácil comprender, con semejantes armas no pueden hacer otra cosa que ruido; aquí no causaron ninguna víctima, ni robaron, ni incendiaron ninguna casa, pero en lo restante de este distrito han robado y quemado casas sin número. De las iglesias apenas han quedado tres ó cuatro libres de las llamas.

Como complemento de la carta anterior y para evidenciar el consolador movimiento de conversiones que se observa en los vicariatos confiados á los Franciscanos españoles, copiamos los siguientes párrafos que publica la precitada Revista:

«Por lo que se refiere á este nuestro vicariato de Hupe Oriental, estamos confiados de que el Señor nos concederá más larga paz; pues nuestro virrey es el célebre Tsanze-tung, que aún en las pasadas críticas circunstancias consiguió que aquí y en toda su jurisdicción apenas hubiera revueltas.

«Lo que más nos consuela y anima es ver como el Señor bendice los trabajos de sus ministros. Es para alabar á Dios el considerar cómo aumenta el número de los fieles. Hace unos treinta años que en toda la grande extensión que ahora comprenden cuatro vicariatos no había el número de cristianos que nosotros tenemos solamente en el de Hupe Oriental. Seguramente que nuestro compatriota el Ilmo. Sr. Fr. Miguel Navarro, de santa memoria, se alegrará viendo que lo que antes gobernaba él solo, está ahora á cargo de cuatro Vicarios apostólicos, y que con el tiempo será necesario aumentarlos. Más de 18,600 cristianos en una buena extensión de territorio tiene este nuestro vicariato. Creo que puede considerarse como uno de los más florecientes en China. El número de bautismos de adultos en el año próximo pasado, no obstante las circunstancias nada favorables á la Religión, fué de 593. Esto sin contar los de los niños hijos de adultos convertidos. Sin duda que según todas las noticias, se aumentará en el corriente año la cifra de bautismos, pues es cosa admirable el gran movimiento que se observa hacia la Religión católica, sin que el recuerdo aún reciente de la persecución les retraiga. En las cartas de los misioneros es noticia ya ordinaria hablarnos de numerosas conversiones, contándose á cientos las familias que piden inscribirse como catecúmenos.»

Perú-Cuzco.—En el dilatado campo recorrido en los últimos meses por los reverendos Padres de este apostólico Colegio se ofrecen no pocas cosas dignas de mención. El valle de Santa Ana, regado por el río Uramba, y los Lares, fecundados también por el Paucartambo y otros manantiales, que nacen en la elevada crestería del cordón de los Andes, y todos igualmente tributarios del

manso y tortuoso Ucayali, han sido el lugar predilecto donde los RR. PP. Fr. Pacífico Ibieta y Fr. Jaime Villalba han desplegado con éxito satisfactorio el apostólico celo de la misión que se les confiara, y han recorrido toda la región dando Misiones en los pueblos y haciendas, y el fruto de sus apostólicas tareas está reconocido por los numerosos bautismos y matrimonios celebrados y las comuniones hechas por millares de personas después de haber purificado su conciencia en el tribunal de la Penitencia. Aunque estos lugares por su maravillosa feracidad y encontrándose llenos de cañaverales, cacaos y sembradíos de café, cacao y arroz, tengan su atractivo especial para los que buscan intereses materiales, para el misionero, que va solo por la gloria de Dios y salvación de las almas, ofrecen no pocas dificultades y muchos sufrimientos: solo el sofocante calor y las continuas picaduras de los zancudos son suficientes para acumular un caudal regular de merecimientos.

Hermanas de los obreros.—Existe en Roanne una Institución religiosa llamada Hermanitas de la Asunción de los Obreros Pobres. Para comprender el objeto de este benéfico Instituto, suponed una familia de obreros, compuesta de padre, madre y tres ó cuatro hijos. El padre y la madre trabajan, y todos viven convenientemente, pero cae enfermo el padre, ó bien la madre, ¿qué hacer? ¿Se quedará en casa á cuidar del enfermo el hombre ó la mujer en salud? Entonces ya no hay quien gane; los pocos ahorros desaparecen y viene la miseria. ¿Continuará yendo al taller ó á la fábrica? Entonces el enfermo, los hijos, la casa, todo queda abandonado. ¿Quién no ha visto más de una vez esos tristes cuadros en familias obreras? Compadecidas de esta miseria algunas jóvenes piadosas de Roanne, se dicen: «Bien, pues nosotras seremos las hermanas de los obreros. Cuando se ponga enfermo alguno, iremos á la casa nosotras, asearemos á los niños, se hará la comida, cuidará al enfermo, coserá la ropa, y hará, en fin, todo lo que necesita el buen gobierno de una casa, y todo sin exigir la más ligera recompensa.»

Ahora, ¿qué merecen esas Hermanas del obrero? ¿Una condecoración? Nó: merecen la cárcel, según una ley reciente contra las Comunidades religiosas. Dentro de pocos días, esas heroicas mujeres van á ser llevadas al tribunal, como criminales.

Una leyenda del Polo Norte.—Con este título publica *Le Petit Journal*, de París, la siguiente leyenda que le mandan de San Petersburgo:

«A propósito de las noticias contradictorias que circulan sobre la suerte del explorador Andree, es interesante recordar una leyenda popular rusa sobre el Polo Norte.

«En las comarcas septentrionales rusas los pescadores y los marinos dicen que en el Polo hay un mar libre de hielo, en medio del cual existe una isla llena de la más hermosa vegetación y gozando del más benigno clima. Se llegará á ella, dice la leyenda, el día en que aparezca el último discípulo del apóstol San Juan.

«En el tiempo de la Pasión de Jesucristo, sigue diciendo la leyenda, Rusia era un país cálido y como un vasto jardín.

«El apóstol San Juan, perseguido en todas partes después de la muerte de su Maestro, fué á Rusia á predicar el Evangelio y el amor al prójimo. Pero los habitantes le arrojaron de ciudad en ciudad, empujándole sin cesar hacia el Norte. A medida que abandonaba una comarca, ésta se transformaba en estepa árida y fría, y de esta manera todo el país se convirtió en una región glacial y cubierta de nieve.

«Llegado á la costa San Juan se embarcó, y su buque



EXPEDICION AL POLO NORTE: LA ORACION DE LA NOCHE

se dirigió hacia el Norte. No pudo seguirle ninguna otra nave, porque detrás del Apóstol el mar se cubría de hielo. Al fin el Discípulo amado de Cristo llegó al Polo, á la soberbia isla donde se encuentra todavía.

«Cuando su último discípulo haya intentado unírsele, el Apóstol abandonará la isla, volverá entre los hombres y les traerá la primavera eterna con la paz universal...»

Nuevo Méjico.—*La consagración del Ilmo. Sr. Pitaval.*—El día 25 de Julio, según se había anunciado, se verificó en Santa Fe la solemne consagración del obispo auxiliar de esta diócesis, el Ilmo. Sr. D. Juan Bautista Pitaval.

A las nueve el atrio de la hermosa Catedral y las calles adyacentes hasta el Palacio Arzobispal, estaban materialmente llenos de la gente de la ciudad y de los muchos que de otros lugares concurrieron, ansiosos de presenciar la augusta ceremonia de consagrar un nuevo sucesor de los Apóstoles. A las nueve y media salían del Palacio del Arzobispo en procesión, precedidos de la santa cruz, más de sesenta y cinco sacerdotes de las diócesis de Santa Fe, de Denver y Arizona, los Ilmos. Sres. D. Pedro Bourgade, arzobispo de esta provincia eclesiástica, Obispo de Denver, Obispo de Arizona, y con ellos el nuevo elegido don Juan B. Pitaval, ya vestido de sotana y muceta moradas.

Al comenzar el desfile los músicos de banda tocaron una marcha.

A todos causó honda impresión la primera parte de la consagración, que consistió en la lectura de las Letras Pontificias con las que el Supremo Pastor de la Iglesia declaraba al Sr. Pitaval obispo titular de Sora y auxiliar de Santa Fe, Nuevo Méjico, y en el juramento é interrogatorio á que fué el mismo sometido.

Concluido el interrogatorio ocupó el trono el ilustrísimo señor Arzobispo y comenzó un brillante discurso en inglés el Rmo. Sr. Matz, quien explicó á la multitud que llenaba las naves del espacioso templo las ceremonias de la consagración que presenciaba.

Cuando hubo terminado el Ilmo. Sr. Matz, tomó la palabra el M. R. P. Carlos Pinto, superior de los Padres

Jesuitas de Nuevo Méjico, Colorado y Tejas, y en la hermosa lengua española demostró cómo por la legítima sucesión de los Obispos que recibían del supremo Jefe de la Iglesia y Vicario de Jesucristo la autoridad y misión de los Apóstoles, de quienes son sucesores, se mantenía y se había mantenido siempre la UNIDAD, brillante nota que distingue la verdadera Iglesia de Dios de las sectas separadas.

A los discursos siguió la segunda parte de la ceremonia, ó sea la *consagración* propiamente dicha.

En el momento de la *entronación* la multitud que llenaba la iglesia Catedral toda entera se conmovió. El nuevo Obispo ocupaba la silla del Arzobispo consagrante y se mostraba al pueblo con báculo y con mitra, y brillando ya en su frente la aureola esplendorosa de Prelado de la Iglesia. El Sr. Pitaval bendijo al pueblo que le rodeaba, y después de augurar muchas felicidades á su consagrante, concluyó la ceremonia con una nueva procesión de la iglesia al Palacio Arzobispal, agrupándose el pueblo en torno del nuevo Obispo.

La población más fría del mundo.—Está en Siberia, y se llama Werchojansk.

No es allí muy raro que el termómetro marque 65 y 66 grados bajo cero; en Enero de 1883 descendió aun más aquella horrible temperatura, llegando hasta 68° bajo cero. Bien habrían podido allí usar nuestra hipérbole, diciendo que «se helaban hasta las palabras.»

Tengo á la vista la relación de un viaje en caravana por aquellas *frías* regiones; su lectura hace tiritar de frío.

Se consignan en ella algunos curiosos efectos del frío excesivo: una piel triple de reno apenas basta para impedir que la sangre se congele; cada movimiento respiratorio produce una sensación dolorosa, casi insoportable, en la laringe y en los pulmones.

El aliento exhalado se condensa instantáneamente, formándose en el aire menudas agujas de hielo, que al chocar las unas con las otras producen un leve rumor parecido al de la seda cuando se rasga.

La caravana se vió envuelta en una nube azulada, que se había formado con el aliento y transpiración de los hombres y de los animales.

Un cuervo, que pasó volando lentamente á través del aire glacial, dejaba tras de sí un surco ó estela de materia vaporosa.

VARIEDADES

FRIDA, Ó EL LIBRO ATEO

Por tercera vez había preguntado Guillermo Vaincel si su hija, su querida Frida, había vuelto á casa, y por tercera vez su ayuda de cámara le contestaba con una negativa.

Rechazó el escritor el papel en que penosamente estampaba sus ideas, oscuras como la opaca luz que se abría paso al través de las ricas colgaduras de seda oriental que adornaban el aposento.

El reloj dió las seis. Presa de un desasosiego desconocido, Vaincel levantándose bruscamente, empezó á recorrer distraído la estancia donde solía trabajar.

Sentíase inquieto. Lo atormentaba la ausencia prolongada de su hija. De ordinario, á las cuatro y media, estaba de vuelta del curso de literatura, y cuando la detenía el antojo de dar un paseo por los almacenes, con su aya inglesa, solía darle aviso de su demora.

Huérfana desde sus primeros años, apasionadamente querida y más de lo que se puede concebir, mimada, Frida Vaincel era á la edad de dieciocho años un tiranuelo encantador y gracioso, es cierto, pero en fin, un verdadero tirano, cuyos menores deseos acataban todos en casa.

Rica y siempre complacida, no sabía aún lo que era una contrariedad. Todo le sonreía, y ella también sonreía á todo y á todos.

Frida era el sol que iluminaba el cielo de Vaincel. Cuando estaba cansada de pensar ó de escribir, su alegría lo hacía reposar y sus cantos le divertían.

Esta misma mañana no había oído las estrepitosas carcajadas y los alegres gorjeos de su hija. ¿Qué sombra de tristeza había enmudecido su voz?... ¿Por qué, en fin, estaba tanto tiempo ausente?

Miss Floy estaba con ella, es cierto, y en compañía de una aya tan fiel, que la quería como la niña de sus ojos, no había nada que temer; pero ¿por qué tanta demora?

Al cruzar por décima vez este pensamiento por su cerebro ardiente, Vaincel se acercó á la ventana y apartó las cortinas en busca de las últimas claridades del día que huía.

En frente de la ventana, en un fresco verjel, ostentaban las flores preferidas de Frida, su hermosura, despidiéndose á su modo del sol que las dejaba como á pesar suyo.

En ese mismo jardín Vaincel había recibido por la mañana el último abrazo de su hija. Un temblor nervioso estremeció su cuerpo al recordarlo.

Repetidos campanillazos sacaron á Vaincel de su melancolía.

—¡Frida, al fin! exclamó alborozado.

Volvióse hacia la puerta, esperando verla entrar sonriente y más cariñosa que de costumbre, para no ser reprendida.

¡Reprendida! ¡ah! lo había sido una vez, una sola vez, por aquel libro y nada más: ¡cuántas complacencias le había hecho olvidar este momento de severidad!

La puerta no se abría, en los corredores se oían voces apagadas y pasos precipitados.

Impacientado se adelantó hacia la puerta y abrió. Cedió ésta, pero quien primero se presentó á su vista fué miss Floy, y no Frida. Sostenida por un desconocido se acercaba temblorosa, llevando en su frente la señal de una desgracia.

Una sola palabra se escapó de los labios de Vaincel:

—¡Frida!

Las dos manos de la anciana se levantaron hacia el cielo en un transporte de desesperación.

Vaincel la tomó del brazo y sacudiéndola con violencia le preguntó:

—¿Dónde está?

Y sin esperar contestación alguna, apartando al desconocido que quería detenerlo, Vaincel se presentó al aposento de su hija.

Más que sus presentimientos, lúgubres indicios lo guiaban; los criados, locos de dolor, se agolpaban á la puerta, y gotas de sangre se destacaban sobre la alfombra.

Vaincel apartó á los criados, y corriendo al lecho donde parecía descansar su hija, exclamó:

—¡Frida!

La lámpara que trajo un criado iluminó con su luz fúnebre el cuerpo rígido de la niña.

Su hermoso rostro apareció al bañarlo la luz, envuelto en su rubia cabellera como en una dulce aureola. Sus labios tenían el color de las violetas que florecen en los últimos días del invierno. Cerrados estaban sus ojos, y sobre sus pálidas mejillas, como pudoroso velo, se extendía la suave sombra de sus párpados.

Tembloroso, Vaincel exhalaba su pena en profundos y lastimeros suspiros, esperando devolverle la vida, sin darse cuenta que todo en derredor suyo le decía: «Ha muerto.»

De repente un objeto que brillaba al resplandor de la lámpara atrajo sus miradas. Quedó atónito, como magnetizado.

Era un revólver de corto calibre preciosamente cincelado, una joya primorosa, pero mortífera.

Al apartar la vista del instrumento, descansaron sus ojos sobre el vestido de la niña. Abierto en el pecho se veía un agujero por donde con la sangre se había escapado la vida.

Miraba sin cesar la niña y el revólver, loco de terror, sin parecer comprender lo que veía, hasta que el desconocido, que era un médico, vuelto de su aturdimiento, le dijo:

—¡Ay, señor, se ha suicidado! ¡se ha suicidado!

Vaincel acababa de ver la verdad, pero no quería dejarse persuadir. Oía como en sueño las palabras de miss Floy entrecortadas por gemidos y sollozos.

Había notado por la mañana la excitación de Frida. Después de la clase, se había hecho acompañar al campo. «La primavera es tan dulce, decía, con sus flores y sus brisas suaves.» Preciso había sido darle gusto.

Nos sentamos á orillas del lago, debajo de algunos sauces llorones cuyas tiernas ramas cortaba distraída. Le hice notar que era tiempo de partir, porque el camino era largo, y me contestó con acento de tristeza infinita:

—¡Partir ya!... ¡Largo el camino!... A mí me parece muy corto. Y después añadió: ¡Qué rincón tan tranquilo es éste!... dulce debe ser morir aquí...

Y como la mirara sorprendida y un tanto espantada púsose á reír, sacó del bolsillo una cosa que no pude distinguir, y antes de impedirle todo movimiento, oí una detonación; su cuerpo se deslizó suavemente sobre el verde césped: había muerto.

Guillermo Vaincel no oía; lo único que parecía comprender era que Frida se había suicidado.

Frida, su hija única, su ídolo Frida, por la que hubiera sacrificado gloria y riquezas; Frida, joven, bella, rica, feliz, ¡ay! ¿por qué se había dado la muerte?

Lo preguntó horas enteras á ese rostro pálido que sus besos y caricias no podían reanimar, á esos labios fríos, á esos ojos cerrados para siempre á la luz del día y del divino rayo de la inteligencia.

Miss Floy, entre tanto, había engalanado á Frida para su postrer sueño, el de la eternidad. En derredor de su lecho no se oía el murmullo consolador de la oración.

Vaincel no quería abandonar á su hija, pero la noche le parecía sin fin.

Se acercó maquinalmente á la mesa donde solía escribir Frida. Descansó su mirada sobre un libro que parecía no serle desconocido. Sus páginas contenían pensamientos que le eran familiares, y sorprendido miró el título.

¡Ese libro era suyo, era «su libro,» el que le había dado gloria, riquezas y amigos, el libro que le había valido el sobrenombre de portaestandarte y corifeo de la duda y del ateísmo, era *Negación*!

Un día Frida, niña aún, había recorrido las primeras páginas de ese libro inmundo. Su padre la había sorprendido en esta lectura, y arrebatándole el libro de la mano le había dicho en tono severo, para ella hasta entonces desconocido, y después nunca oído: «Te prohíbo, hija mía, te prohíbo tocar este libro.»

Y sin embargo lo había leído: Vaincel nunca le había enseñado á obedecer.

Un papel se deslizó del libro, lo tomó y leyó. Era la letra elegante, firme y fina de Frida.

Lo recorrió sin respirar, y cuando lo hubo devorado con los ojos, de pálido que estaba se había puesto lívido.

«Tengo dieciocho años, las puertas de la vida se abren de par en par á mis aspiraciones; sin embargo quiero morir;» había escrito Frida en esta misma mañana.

«Quizás pregunte V. por qué, padre querido: porque estoy cansada, he vivido bastante, no creo en nada.

«Un libro soberbio, el suyo, padre mío, me ha enseñado que Dios no existe: ¿para qué luchar y combatir?

No quiero envejecer, porque es triste, ni sufrir, porque es cruel, me voy; por V. he sabido que la muerte lleva á la nada.

«Perdóneme, padre; me espantan los rigores de la vida, no les veo compensación. Prefiero partir en mis primeros años, mientras las rosas están en flor y las vidas en ciernes.

«No quedará solo, la gloria le servirá de compañera.

«Su libro es grande, su libro es bello, pero es triste. No lo lean otras Fridas. Unos dicen hasta luego; yo le digo adiós...»

Escapóse de su mano temblorosa el billetico; sus ojos se fijaron en el rostro de la niña. Era bello, pero grave; ¡ah, quién le devolverá la sonrisa á su Frida!

—¡Desdichado de mí, exclamó, mi libro le ha dado la muerte!

Al través de los cortinajes, logró en ese momento deslizarse un débil rayo de luz.

Guillermo se acercó á la cama, se inclinó sobre el cuerpo rígido de su hija, pero no se atrevió á abrazarla. Salió, atravesó maquinalmente el vestíbulo desierto, abrió la puerta y apenas llegado á la calle se puso á correr.

El jefe de policía oía la relación de un agente suyo, cuando entró bruscamente á su despacho un hombre de despejada frente y de modales no vulgares.

—Señor, dijo el recién llegado, he escrito un libro, un hermoso libro... lo ha leído mi hija y se ha suicidado; yo soy su asesino; me entrego á la justicia.

—Señor, le contestó el magistrado, moviendo los hombros y con complacencia, como suele usarse con los que no gozan del uso de la razón: el código penal no tiene represión para esta clase de delitos.

Vaincel salió muy sombrío.

—La ley es mala; he muerto á mi hija, y la ley no me castiga.

Más allá, apoyado en el parapeto de un puente, miraba el Sena cuyas aguas al deslizarse lo fascinaban. Un pensamiento terrible cruzó su mente; retrocedió, sin embargo, y huyó.

El que había escrito *Negación* y enseñado á considerar como fantasmas importunos á Dios, la eternidad y el infierno, sentía debilitarse su escepticismo; una espantosa idea de justicia lo perseguía. Cual otro Caín, de nuevo se puso á correr.

Guillermo Vaincel, el ilustre escritor que tanto alarde había hecho de su incredulidad, pasó sus últimos días en una casa de locos.

Su locura era tranquila, pero incurable. Solía preguntar con aire de misterio á los que encontraba:

—¿Ha leído V. mi libro *Negación*? Es un hermoso libro, pero es triste. No lo deje V. leer á sus hijos; mi querida Frida lo leyó y se suicidó; no tenía aún veinte años.—B. B.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones de África

J. S., de Barcelona. 6 ptas.

Enrique Sienkiewicz

AUTOR DEL QUO VADIS?



¡SIGÁMOSLE!

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica



EL cortejo emprendió la marcha hacia el Gólgota.

De la cima donde se hallaba Anthea veíase perfectamente la multitud. Era numerosa; pero al extenderse por la inmensa llanura y dividirse en grupos confundíase con las piedras grises y parecía escasa. La puerta de la ciudad, abierta de par en par, daba paso incesantemente á nuevas oleadas de gente, que aumentaba al añadirsele la multitud que esperaba fuera del recinto amurallado. A ambas orillas de aquel río viviente se agitaban enjambres de chiquillos.

El cortejo avanzaba entre el remolino de las túnicas blancas, de los chales de escarlata y los mantos azules. En el centro al beso de los rayos del sol brillaban las corazas y las lanzas de los soldados romanos. El lejano rumor de voces confusas era cada vez más perceptible.

Llegaron por último al pie de la colina, y los que iban al frente comenzaron á escalar la cumbre. La multitud atropellábase para ocupar los sitios más próximos al lugar del suplicio, á fin de no perder el menor detalle. Estrechada por la muchedumbre, con dificultad podía abrirse paso la cohorte que escoltaba á los reos.

Los primeros que llegaron fueron los muchachos: semidesnudos, pelada la cabeza á excepción de dos mechoncitos en las sienes, tez morena, ojos azules y voz chillona, em-

pezaron con gritería salvaje á arrancar piedras del suelo para arrojarlas á los crucificados...

Pronto se vió la meseta invadida por abigarrada multitud, que, insensible á la piedad, daba muestras de gozo por la animación y la esperanza del espectáculo. El tono áspero de la voz, la insensata volubilidad de la palabra y la brusquedad salvaje de los gestos asombraron á Anthea, á pesar de serle familiar la gárrula viveza de las poblaciones griegas. Aquellas gentes discutían como próximas á acometerse recíprocamente, gesticulaban como si estuviesen en peligro de muerte, y chillaban como si fuese á quitárseles la vida.

Rufilo, acercándose á la litera, con voz tranquila como de soldado en servicio, empezó á dar explicaciones, mientras que incesantemente iba subiendo la marea humana.

Aumentaba la barahunda por momentos. Entre la multitud reconocíanse por sus túnicas listadas los ciudadanos de Jerusalén, que se juntaban á parte por no mezclarse con la plebe de los arrabales. Eran en gran número los aldeanos, venidos con sus familias con ocasión de la Pascua, y los campesinos cubiertos con pieles de cabra á manera de vestido.

Seguían grupos de pastores y mujeres, revelando en sus rostros sencillez y sorpresa. La mayor parte eran mujeres del pueblo, pues las de la clase acomodada de Jerusalén

no acostumbraban asistir á los espectáculos; veíanse también campesinas y otras mujeres de aspecto extraño, teñidos los cabellos, coloreadas las cejas y las uñas, perfumadas copiosamente con nardo, y adornadas con enormes pendientes y collares atiborrados de moneditas.

Venía por último el Sanedrín, rodeando á Hanan, anciano de rostro de buitre y ojos inyectados de sangre, y al corpulento Caifás, ciñendo la mitra de dos puntas, y ostentando el racional dorado en el pecho. A su lado las diferentes sectas de fariseos: los *claudosi*, que caminan tropezando con los guijarros; los *frontosi*, que golpean las paredes con la frente; los *schikmi*, que levantan las manos al cielo, y los *gibosi*, que caminan encorvados, como dispuestos á cargar con los crímenes de toda la ciudad. La gravedad sombría y el fanatismo obstinado de sus rostros los distinguía de la vocinglera multitud.

La faz joven de Anthea, señalada ya por la muerte, y su silueta espectral llamaban la atención: todas las miradas se dirigían hacia ella, y muchos se le acercaban desvergonzadamente á pesar de la presencia de los soldados. Tales eran, sin embargo, el menosprecio y el odio de este pueblo por el extranjero, que aquellas miradas, lejos de reflejar la conmiseración, despedían brillo feroz, viéndola condenada sin remedio.

Y Anthea comprendió claramente entonces por qué aquellos hombres exigieron la cruz para el Profeta que enseñaba el amor.

Desde luego le pareció el Nazareno un ser próximo y querido. Como ella, debía morir. Dada la sentencia, nada era capaz de salvarle.

Para ella también, la sentencia era sin apelación. Así sintió le unía con El una fraternidad de infortunio y de muerte.

Únicamente les separaba una gran distancia.

El marchaba al suplicio con la esperanza de vivir después de la muerte; ella carecía de esta esperanza, y venía á buscarla junto á El.

De pronto el rumor lejano estalló en una tempestad de silbidos estridentes, de aullidos salvajes... Luego reinó el silencio, sólo interrumpido por el choque de las armas y el paso de los legionarios.

Abrióse la multitud en agitado remolino, y la escolta de los condenados llegó á la altura de la litera.

Al frente, á los lados y detrás marchaban los soldados con paso lento y cadencioso, sobresaliendo en el centro los travesaños de tres cruces, que parecían avanzar por sí mismas, por lo mucho que su peso encorvaba á los que las traían.

Advertíase que no se hallaba entre ellos el Nazareno.

Ante todo dos caras repulsivas y siniestras de bandidos; luego un campesino de alguna edad, visiblemente obligado por los soldados á esa servidumbre, exigida en virtud de la ley.

El Nazareno iba detrás de las cruces, entre dos soldados. Cubría sus hombros un manto de púrpura, y ceñía su cabeza ensangrentada una corona de espinas.

Gotas de sangre corrían lentamente á lo largo de sus mejillas; otras se habían cuajado debajo de la corona, como bayas de agavanzo ó perlas de coral.

Estaba pálido y avanzaba pausadamente, con andar débil, pero grandioso...

En medio de los aullidos de la turba y de las imprecaciones del populacho, iba absorto en su idea, como transportado más allá del universo, como si se cerniese ya sobre este mundo, desatendiendo los clamores del odio, como «Aquel que perdona» y cuyo perdón excede la medida humana; como el Sobrehumano; el Ser dispensador de misericordia... ya bañado de infinito, ya exaltado sobre la humana escoria... silencioso y dulcísimo; pero triste también, infinitamente triste, con la angustiosa tristeza de toda la tierra...

Los trémulos labios de Anthea murmuraron instintivamente:

—¡La Verdad, es Él!

Pasó el cortejo muy cerca de la litera, y detúvose un instante, mientras los soldados se abrian paso á través de la muchedumbre.

OBRAS NUEVAS

LA REJA DEL ARADO

por Pierre L'Ermite, ilustraciones de M. Durán.—Precio: 2 ptas. el ejemplar.

EL GRILLO DEL HOGAR

Novela por Carlos Dickens, ilustraciones de M. Durán.—Un tomo en 4.º, 2 ptas. el ejemplar.

EL MÚSICO CIEGO

por W. Korolenco, seguido de *El Ahorcado*, *Los Poemas de mi mujer* y *La Voz del viento*.—Un tomo en 4.º, 2 pesetas en rústica. Por correo, 25 céntos. más.

ARITMÉTICA

teórico-práctica, con grabados y numerosos ejercicios orales y escritos, por F. T. D.—Un tomo en 8.º, 1 pta. en cartóné.

Libro del maestro.—En 8.º, 3 ptas. en cartóné.

CURSO

ELEMENTAL DE APOLOGÉTICA CONTEMPORÁNEA

por el Dr. D. Emilio A. Villegas, Pbro., catedrático de dicha asignatura y de Elocuencia Sagrada en la Universidad pontificia de Compostela y de Religión en la Escuela Normal de maestros.—Un tomo en 8.º mayor, 3'50 ptas. en rústica, y 4'50 en tela. Por correo, 50 céntimos más.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

LIBRERIA Y TIPOGRAFIA CATÓLICA

Consecuente esta Casa en su empeño de formar un gran Centro editorial católico que comprenda todas las artes gráficas, ha aumentado las secciones con que hasta hoy contara con la instalación de un taller de

CLICHÉS TIPOGRÁFICOS

ZINCOGRAFIA * FOTOGRAFADO * AUTOTIPIA, & para la ilustración de periódicos, obras, revistas, anuncios, & &

La existencia de un taller de esta clase *declaradamente católico*, era falta que venía sintiéndose en nuestra nación en que, gracias á Dios, tantas revistas, obras, etc., católicas se imprimen.

La sección de **Clisés Tipográficos** de la LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, *no acepta grabado alguno que sea contrario á la moral ó á las buenas costumbres.*

Los precios son los mismos que los de la generalidad de talleres de CLICHÉS TIPOGRÁFICOS, ofreciendo importantes rebajas á las casas editoriales, á las revistas ilustradas, á las obras en que entren muchas ilustraciones, etc., etc.

Los originales serán conservados con la mayor solitud y devueltos convenientemente embalados.

Para notas de precios, encargos de reproducciones, etc., dirigirse á

D. MIGUEL CASALS (Sección de grabados)

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, PINO, 5, BARCELONA

EL AGUA DE SAN IGNACIO

por el R. P. LUIS IGNACIO FITER, S. J.

QUINTA EDICIÓN ECONÓMICA. NUMEROSAS ILUSTRACIONES
136 páginas de interesante texto. 15 céntimos ejemplar, en Barcelona
Sin descuento, y el franqueo á cargo del demandante, á causa de la sumatura de esta edición de propaganda

EDICIÓN DE LUJO: 2.000 EJEMPLARES

propia para regalos,—impresa en papel cromo superior,—cubierta en papel imitación piel, imitación vitela, y charolado superior. 75 céntimos ejemplar

En ambas ediciones va incluida la antigua y piadosísima Novena á San Ignacio de Loyola
Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona